BIBLIOTECA TEATRAL MIRAFLOR

N.º 4

La canción que no muere

Opereta en tres actos

LIBRO DE **ROBERT BODANZKY** Y **BRUNO HARDT-WARDEN**, MÚSICA DEL MAESTRO **ROBERT STOLZ.**—ADAPTACIÓN ESPAÑOLA DE **CASIMIRO GIRALT** : : Y **MANOLO FERNÁNDEZ** : :

Esta obra se estrenó en el Teatro Nuevo, el día 23 de Noviembre de 1923

1923
Imp. Laietana, Bou de San Pedro, 9
BARCELONA

PERSONAJES

LEOPOLDO, príncipe de Huttenberge............	*Alberto López*
PRINCESA KITTY, su hija	*Victoria Racionero*
VALLY..	*Amparo Romo*
HANS HUBERT, príncipe de Wolfenegg-Wilfersheim	*Mateo Guitart*
FISCHL	*José Viñas*
OTMAR, conde Braggsdorf, su secretario........	*Antonio Mata*
DE GABLITZ	*Fernando Rodríguez*
BARÓN MESSLINGEN	*Luis Vega*
DE FALKENBACH.................................	*José Torres*
BAUTISTA, ayuda de cámara de Hans Hubert..	*Asensio Rodríguez*
FERDINAND, criado del príncipe Leopoldo......	*Francisco Parra*
BEBERER, maître del Gran Casino	*Damián Rojo*
DUSEL..	*Fernando Rodríguez*
GROOM	*N. N.*
JOHAN, dueño del hotel........................	*Asensio Rodríguez*
LISI, criada del hotel	*Clara Torres*

Damas, caballeros, gente del pueblo, etc., etc.

DIRECCIÓN: PEPE VIÑAS
MAESTRO: JOSÉ M.ª TENA

OBSERVACIONES

El n.º 1 de la obra es el n.º 2 de la partitura. — Canción de Hans.
» » 2 es el n.º 3. — Dúo de Vally y Hans.
» » 3 » » 4. — Entrada de Fischl.
» » 4 » » 6. — Dúo de Vally y Fischl.
» » 5 » » 7. — Final acto 1.º
» » 6 » » 9. — Cuarteto de Kitty, Vally, Hans y Fischl. Este número en la partitura es un dúo entre Kitty y Vally.
» » 7 » » 10. — Dúo de Kitty y Hans.
» » 8 » » 11. — Dúo de Vally y Fichl.
» » 9 » » 12. — Dúo de Vally y Hans.
» » 10 » » 13. — Final acto 2.º.
» » 11 » » 14. — Dúo Kitty y Hans.
» » 12 » » 15. — Cuarteto Kitty, Vally, Fischl y Leopoldo. Para la entrada de Fischl y el coro en el acto 2.º se dice el n.º 8 de la partitura, cantando el coro general la misma letra que tienen para la salida del final del acto 1.º.

Se ruega a los señores directores, que si alguna duda tuviesen se dirijan a los adaptadores (Sociedad de Autores, sucursal de Barcelona, Pasaje de Méndez Vigo, 5), que tendrán sumo placer en atenderles.



ACTO PRIMERO

La escena:

Una plazoleta. Al fondo la fachada del Gran Casino, con su gran portalón de entrada, su jardín a ambos lados del mismo, sus ventanas, su balcón central, practicable.

A derecha e izquierda, avanzando oblicuamente, dos chalets de construcción moderna, con su jardín en primer término ante la fachada que da al público y en ella una ventana con cortinas de seda cruda.

Frente a cada chalet, en su parte lateral, una ringlera de árboles formando alameda y un farol de alumbrado público.

En primer término, ante la valla que cierra los jardines de las expresadas construcciones, un banco de piedra.

El atardecer de un día de Julio. Un rayo de sol pone una franja de oro en lo alto de las casas. Gorjean los pájaros.

Comienza:

Aparecen en escena, sentados en el banco de la izquierda, de Gablitz, de Messlingen y de Falkenbach. Fuman cigarrillos y su actitud y su gesto denotan insoportable aburrimiento. Visten traje de verano, empuñan frágiles bastones de caña y lucen una flor en el ojal de la americana.

El conde de Braggsford, de pie, en el interior del jardín apoyado en la valla que lo cierra, contempla negligentemente a sus amigos. Es un caballero de edad, excesivamente elegante, correctísimo.

(Aparece en la puerta del chalet de la izquierda Hans Hubert, joven elegante y simpático, de frac y desnuda la cabeza. Avanza lentamente hacia los presentes. Estos le reciben con profundas y ceremoniosas reverencias.)

HANS. — Salud, señores.

TODOS. — Salud, príncipe.

HANS. — Por favor, amigos míos. Ya saben ustedes cuánto me molesta la etiqueta. Les ruego que me digan sencillamente: ¡Salud, Hans!

GABLITZ. — *(Estrechándole la mano)*. ¡Salud, Hans!

HANS. — Así me gusta. Les supongo enterados por el conde de Braggsdorf del resultado de nuestra excursión.

BRAGGSDORF. — *(Saliendo del jardín.)* He dicho todo lo que sabía.

HANS. — Pero os habréis callado, seguramente, lo que yo pienso de todo eso y cuál es mi estado de ánimo.

BRAGGSDORF. — Alteza...

HANS. — *(Atajándole con una sonrisa.)* No importa. Yo seré más explícito y se lo diré.

BRAGGSDORF. — Es que... Por favor, alteza... Sería mejor callar...

HANS. — ¡Dejadme!... Dejadme que hable, que desahogue mi pecho por fin!... Si estoy callado por más tiempo es casi seguro que pego un estallido... *(Suelta una alegre carcajada y se sienta en el banco.)* No ignoráis que en cinco años he derrochado toda mi fortuna; que no me quedan ya más que mi palacio, unas casas y algunas tierras.

BRAGGSDORF. — Que también...

HANS. —...Que también se van vendiendo poco a poco. ¿No es eso lo que queríais decir? Pues bien, ante mi ruina inminente, al señor conde de Braggsdorf, mi secretario particular, se le ha ocurrido una idea salvadora: casarme.

BRAGGSDORF. — Casaros con una joven hermosa, rica y de vuestra condición, con una princesa.

HANS. — *(Irónico)*. Todo está previsto: desde los preliminares a la boda. Se ha trazado un programa espléndido. Se ha elegido esta playa como sitio neutral y a propósito para entablar seguidamente nuestras relaciones. ¿Pretexto?... ¡Cualquiera! Nos conoceremos en un baile aristocrático del Gran Casino. A mí, mi buen amigo el conde me dirá: Fijaos en aquella joven, alteza; ¡es encantadora! A ella la dirán al oído: — «Fijaos en el príncipe, ¡es inteligentísimo! — ¿No han observado ustedes que todas las princesas son encantadoras, aunque sean más feas que un demonio, y todos los príncipes son inteligentes aunque sean unos solemnísimos botarates?

GABLITZ. — ¿Y te casas?

HANS. — ¡Sin remisión, hijo! *(Alegremente.)* Pero no sin antes despedirme cumplidamente de la vida de soltero. Necesito divertirme, reír, amar, aunque sólo sea por unas horas, embriagarme de besos y de champagne, aturdirme, llegar inconsciente al matrimonio para no huir de él, como huye el condenado que halla abierta la puerta de su prisión.

MÚSICA

NÚMERO 1. — CANCIÓN DE HANS HUBERT

Una noche de verano yo soñé
que un arcángel de hermosura vino a mí
y al querer aprisionarla desperté
mas su imagen se quedó grabada aquí.
¿Porqué aquella visión de encanto singular
vino a turbar mi pobre corazón?
¿Porqué no he de encontrar
a tan gentil mujer?
Yo quiero amar,
quiero vaciar
la copa del querer.

(Vanse todos por el chalet de la izquierda. Aparece por el chalet de la derecha Ferdinand, viejo criado del príncipe Leopoldo. Viste librea clara. Se dirige lenta y majestuosamente al chalet de Hans en el momento en que aparece en el umbral de la puerta el conde Braggsdorf, llevando en la mano un magnífico ramo de flores.)

HABLADO

FERDINAND. — *(Con una profunda reverencia.)* Bonjour, monsieur.
BRAGGSDORF. — Bonjour, Ferdinand.
FERDINAND. — Sus excelencias han llegado a las tres y veinte.
BRAGGSDORF. — Lo sabía y en este momento me dirigía a presentarles mis respetos y a entregar estas flores a su alteza la princesita.
FERDINAND. — Pues, seguidme.
(Vanse los dos por la derecha a tiempo que por el lado contrario reaparecen Hans Hubert, de Messlingen, de Gablitz y de Falkenbach.)
HANS. — Vais a acompañarme a beber un buen jarro de cerveza en el hotel de «El oso dorado».
GABLITZ. — ¿Qué dices? ¿Entrar nosotros en una taberna?
HANS. — ¿Y qué?... ¿No entro yo?...
GABLITZ. — Tú eres un excéntrico.
HANS. — Y vosotros sois tan mogigatos como mi secretario. Os dejo.
MESSLINGEN. — ¿Pero serás capaz de ir?...
HANS. — ¡Ya lo creo!...
GABLITZ. — ¿Pero no has reparado qué clase de público acude a ese fonducho?
HANS. — ¡Qué me importa!
MESSLINGEN. — Nada, que entra al hotel y al mismísimo infierno si así se le ocurre. A este se le mete en la cabeza cenar en este banco y lo hace.
HANS. — Y lo hago.
GABLITZ. — ¡Cá!
HANS.—¿Qué te apuestas a que, así mismo, vestido de frac, voy a ese fonducho, que decís vosotros, pido mi cena y me la como en este banco?
GABLITZ. — ¡Eso no lo haces!
HANS. — ¿Porqué no? Vais a verlo al momento.
MESSLINGEN. — ¡Por Dios, Hans, no seas loco!
HANS. — ¡Al momento!... ¡Hasta ahora!...
(Desaparece por el portalón del fondo.)
GABLITZ. — *(Estupefacto.)* ¡Pero es posible!...
FALKENBACH. — ¡Loco, loco... loco de remate! ¡Vámonos! ¡Pobre Hans! ¡Está chiflado!
GABLITZ. — ¡Completamente chiflado!...
(Vanse por la izquierda primer término. Por el fondo derecha aparece Vally. Es una encantadora muchacha de veinte años, lista, vivaracha, coqueta. Lleva una caja de cartón en cada brazo y se detiene ante los dos chalets con aire de interrogación.)
VALLY. — ¡Por fin! Pero ¿cuál de estos dos chalets será el de la princesa? Si pudiera preguntar a alguien...
(Aparece Hans presuroso, corriendo. Lleva en la mano izquierda un plato tapado con otro plato invertido y sobre éste una servilleta, un tenedor, un cuchillo y un panecillo. En la otra mano lleva un doble de cerveza.)
HANS. — ¿Dónde se habrán metido estos imbéciles? ¡Eh, amiguitos, salid! ¡Vaya un guisado!... ¡Vais a ver qué cosa más rica! Pues no están... ¡No están!... *(Ha descrito una curva, según costumbre en los camareros, se detiene ante Vally.)* ¡Diablo! ¡Qué muchacha más guapa!
VALLY. — ¡Eh, camarero!...

HANS. — *(Con extrañeza.)* ¿Cómo?... ¿A quién?...
VALLY. — ¡A usted, camarero, a usted!
HANS. — ¡Ah!... ¿Es a mí?
VALLY. — ¡Claro!... ¿O no es usted camarero?
HANS. — En efecto, señorita; soy camarero, pero no lo sabía.
VALLY. — ¿Que no lo sabía?
HANS. — *(Rectificando.)* Que no sabía...que no sabía que era a mí a quien llamaba usted.
VALLY. — Dígame... ¿Sería usted tan amable que me indicara dónde vive la princesa de Huttenberge?
HANS. — ¿Quién dice usted?
VALLY.—Su excelencia la princesa Kitty. ¿En cuál de estos chalets vive?
HANS. — Pues ... no lo sé.
VALLY. — Parece usted atontado.
HANS. — Lo parezco y lo estoy.
VALLY. — ¿Dónde sirve usted?
HANS. — En ninguna parte. Es decir, sí... como servir, sirvo.
VALLY. — En «El oso dorado» seguramente.
HANS. — Eso es... en el «Oso»...
VALLY. — ¿Y dónde lleva usted eso?
HANS. — Aquí, a esta villa... pero se conoce que se han marchado. He llamado varias veces y no contestan.
VALLY. — ¿Y quién vive aquí?
HANS. — Un príncipe.
VALLY. — ¿Y come...?
HANS. — ¡Estofado, señorita!
VALLY. — *(Con extrañeza.)* ¿Estofado?
HANS. — Sí, señorita. Los príncipes están locos por el estofado.
VALLY. — ¡Qué cosa más rara!... *(Advirtiendo que Hans la mira insistentemente.)* ¿Qué mira usted?
HANS. — Miro que... el estofado se enfría.
VALLY. — ¡Claro!
HANS. — Y que en cambio la cerveza se calienta.
VALLY. — Pues váyase usted.
HANS. — No, no... no me voy... Me quedo.
VALLY. — Se enfriará del todo.
HANS. — Sí... se enfriará... A no ser que usted acepte mi invitación y...
VALLY. — ¿Qué quiere usted decir?
HANS. — Pues que... que me ayude a comerlo.
VALLY. — ¿Dónde?
HANS. — En este banco.
VALLY. — ¿Y qué dirá el príncipe?
HANS. — Nada; es muy amigo mío.
VALLY. — ¿Amigo de usted?
HANS. — Es muy amigo mío el secretario del príncipe y me disculpará ante su alteza.
VALLY. — Acepto, porque tengo un hambre terrible. Déjeme usted poner la mesa. Aquí mismo... en el banco. *(Vally coloca una de sus cajas en el banco, la cubre con la servilleta, pone encima los dos platos, el panecillo y el jarro de cerveza.)* ¡Muy bien!... ¡Ya está!...

HANS. — ¡Magnífico!...

(Se sientan a los lados de la caja.)

VALLY. — Vamos a partirlo con equidad.

HANS. — Muy bien.

VALLY. — Esto para usted.

HANS. — Esto para mi encantadora compañera. *(Comen riendo y bromeando. Aparte.)* Si me ve el conde Braggsdorf le da un ataque.

VALLY. — *(Con la boca llena).* ¡Riquísimo!... ¿Es usted camarero primero o segundo?

HANS. — *(Perplejo.)* ¡Entresuelo, señorita!... sirvo en los reservados. No llevo más que un mes en el oficio. ¿Y usted qué categoría tiene en donde sirve?

VALLY. — De primera.

HANS. — ¡Claro! ¡Soy un estúpido! Se ve a la legua que es usted de primera.

VALLY. — Lleva usted un frac muy elegante, muy aseado, sin manchas de grasa, de salsa...

HANS. — Sin salsa, señorita. No me gusta en la ropa.

VALLY. — Es usted muy cuidadoso.

HANS. — ¡Mucho!

VALLY. — ¿Cómo se llama usted?

HANS. — Me llamo... me llamo... ¿A qué no lo adivina usted?

VALLY. — Se llama usted Juan

HANS. — Eso es, Juan. Lo adivinó. ¿Y usted?

VALLY. — Vally Hessner, de la casa Trix, modas y confecciones. *(Bebe un sorbo de cerveza.)* Qué loca soy ¿verdad?

HANS. — ¿Por qué?

VALLY. — Le parece poca locura, no conocerle y sentarme a merendar con usted en este banco... en este banco en que habrá usted merendado otras veces... *(Coqueta.)* con otras muchachas...

HANS. — Puedo jurarla por mi honor que en este banco es la primera vez que como.

VALLY. — Quiero creerlo, aunque sus ojos me dicen todo lo contrario. Tiene usted cara de enamoradizo, de caprichoso. Debe usted tener un pasado muy borrascoso.

HANS.—Se equivoca, Vally. Yo no tengo pasado. Para mí todo es futuro.

VALLY. — Al revés que yo. Yo no tengo futuro y tengo unas ganas terribles de tenerlo. En cambio tengo pasado.

HANS. — ¿Ah, sí?

VALLY. — No se asuste usted. Es un pasado pacífico. Yo he sabido guardarme siempre, aunque algunas veces me costó mucho trabajo. Son ustedes los hombres, muy malos, muy malos. Quizás por eso les queremos tanto. *(Levantándose y disponiéndose a marchar.)* Ea, ya terminamos. Usted se marcha con sus parroquianos y yo a continuar mi trabajo. *(Riendo.)* ¡Terminó el estofado y el idilio!

HANS. — ¿Y por qué no decir: empezó el idilio? Es usted encantadora.

VALLY. — Vamos, vamos... *(Se coloca una caja debajo de cada brazo.)* Mire usted como me veo obligada a ir. Esta postura me ha costado más de un disgusto.

HANS. — ¿Por qué?
VALLY. — ¡Porque hay hombres muy atrevidos y como ven que una no puede defenderse!...
HANS. — ¡Ah, ya!
VALLY. — Más de uno se aprovechó de la ocasión para darme un beso.
HANS. — ¿En la calle?
VALLY. — *(Señalando su mejilla.)* Aquí.
HANS. — ¿Y qué diría usted si yo me aprovechara también?
VALLY. — Pues diría que... que mire usted antes si viene alguien. Yo soy muy juiciosa.
HANS. — ¡Muy juiciosa!... ¡No viene nadie!
VALLY. — ¡Qué suerte tiene usted!... *(Hans la besa.)*

MÚSICA

NÚMERO 2. — DUETO-VALS

VALLY Y HANS

HANS....... — Besar con ansia loca
llenar quiero tu boca
de besos de pasión.
VALLY .... — Jesús, no seas loco;
por Dios, sujeta un poco
tu ardiente corazón.
HANS....... — Besar tus labios quiero,
besar porque me muero
de amor y de ilusión.
VALLY....... — No quiero que te mueras
y besa cuanto quieras
que por ti mis labios son.
A DÚO...... — El placer mayor del mundo es el besar
cuando dos que bien se quieren lo saben dar,
que no hay dicha superior
a los besos del amor
porque quitan de las penas
el dolor.
(Al terminar el número vanse bailando por la izquierda primer término.)

HABLADO

(Aparece Braggsdorf por la villa de la derecha y se dirige a la de la izquierda. Sale Hans y tropieza con él.)
HANS. — ¡Ah, conde! ¡Soy el hombre más feliz de la tierra! *(Se sienta en el banco canturreando alegremente el tema del dueto.)*
BRAGGSDORF. — Me alegro mucho, excelencia, pero debo advertiros que la princesa ha llegado y que de un momento a otro va a venir su padre a visitaros.
HANS. — ¿A mi casa?

BRAGGSDORF. — Naturalmente.
HANS. — *(Levántandose de un salto.)* ¡Ah, no; eso sí que no! ¡A mi casa, no!
BRAGGSDORF. — ¡Alteza, no comprendo!...
HANS. — Ni falta que os hace. Pero os repito que a mi casa no.
BRAGGSDORF. — ¿Olvidáis que esta noche?...
HANS. — ¿Esta noche, qué?...
BRAGGSDORF. — ¿Que está todo dispuesto para que en la fiesta del Gran Casino os sea presentada oficialmente la princesa?
HANS. — ¡Esta noche no tengo ganas de presentaciones!
BRAGGSDORF. — ¡Príncipe!
HANS. — ¡Conde! Esta noche será una de las más felices de mi vida. Me espera el amor y cuando el amor espera hay que acudir en seguida. Es lo único del mundo que no debe hacerse esperar. *(Entra en la villa, canturreando el motivo de antes.)*
BRAGGSDORF. — *(Suplicante.)* ¡Pero, príncipe!... ¡Por favor!... ¡Oidme! *(Oyese el cantar alegre de Hans.)* ¡Loco!... ¡Loco!... ¡Loco como una codorniz!
HANS. — *(Que reaparece con abrigo claro, sombrero de paja y bastón.)* Si el príncipe o la princesa preguntan por mí, decidles que tengo un dolor de cabeza horroroso. La jaqueca se inventó para eso... para cuando no se quiere asistir a una invitación.
BRAGGSDORF. — *(Desesperado.)* ¡Príncipe, por Dios... no os vayáis!...
HANS. — *(Calzándose los guantes.)* ¡Imposible!
BRAGGSDORF. — *(Trágico, con voz cavernosa.)* Entonces, sé lo que tengo que hacer. Vos me lleváis a ello. Si llega a vuestros oídos una detonación, no os asustéis. ¡Vos me habréis suicidado!
HANS. — Encarga antes tu esquela de defunción. Me ahorrarás un tiempo precioso. No se te olvide, ¿eh?
(Vase riendo por la izquierda primer término.)
BRAGGSDORF. — *(Mirándole marchar, desolado.)* ¡Loco!... Loco!... *(Vase arrastrando los pies hacia la villa y desaparece.)*
(Entra Jacques Fischl, por el fondo, derecha, viste traje de verano, muy claro, sombrero de paja, zapato bajo y lleva bajo el brazo una cartera de cuero. Lleva unos lentes de concha pendiendo de una cinta negra, que usa únicamente cuando quiere fijarse en algo o quiere contemplar a alguien con gran atención. Se dirige a primer término, se detiene sonriente, se quita el sombrero saludando con una ligera inclinación de cabeza y dice:)
FISCHL. — Jacques Fischl, servidor de ustedes.

MÚSICA

N.º 3. — CANCIÓN DE FISCHL

FISCHL

Tengo un gran honor
en hacer saber
que de la elegancia
Jacques Fischl es rey.
Soy un seductor,
soy un serafín

y en cuestión de amores
Fischl es un pillín.
Y por mi gracia, mi talento y sal
no hay dama que me pueda resistir
y siempre al pasar me dicen así:
Fischl, no te vayas; Fischl, ven aquí.
Fischl, de las mujeres soy señor.
Fischl, siempre ha triunfado en el amor;
que no hay nadie que me aventaje,
lo mismo en elegancia que en conquistador.
Fischl, no me abandones, por favor.
Fischl, de esta mujer ten compasión,
pero el sordo yo siempre me hago,
que las mujeres suelen ser
la perdición.

(Terminado el número se dirige Fischl a la villa de la izquierda y oprime el llamador eléctrico.)

HABLADO

BRAGGSDORF. — *(Apareciendo en el umbral de la puerta.)* ¿Qué desea usted?

FISCHL. — Soy Jacques Fischl, representante de la casa French y Lichtenstein... Creo que no hará falta decirle a usted lo que significan en el mundo comercial French y Lichtenstein...

BRAGGSDORF. — *(Saliendo a la calle.)* Efectivamente; no me hace la menor falta saber quiénes son esos señores.

FISCHL. — Permítame usted que lo dude, caballero.

BRAGGSDORF. — No comprendo...

FISCHL. — *(Interrumpiéndole.)* No es extraño. Nadie me comprende al principio. Hay, incluso, quien no me comprende ni al principio ni al final.

BRAGGSDORF. — *(Para sí.)* ¿Estará loco?

FISCHL. — *(Indicándole el banco de piedra.)* Tenga usted la amabilidad de tomar asiento.

BRAGGSDORF. — ¿Pero...?

FISCHL. — Sin cumplidos. Siéntese usted... siéntese usted. *(Le obliga a sentarse.)* Según mis cálculos, el casamiento del príncipe debe celebrarse a principios de otoño, ¿verdad?

BRAGGSDORF. — Verá usted...

FISCHL. — Es una indiscreción, lo comprendo, pero es necesaria a mi asunto. Cuando en nuestra casa comercial se tuvo noticias de la boda del príncipe, French dijo: — «¡Linchtenstein!» — y Linchtenstein exclamó: — «¡French!» — Y los dos gritaron a un tiempo: — «¡Fischl!» — Este Fischl soy yo y aquí me tiene usted.

BRAGGSDORF. — *(Muy extrañado.)* ¿Y... y qué desea usted?

FISCHL. — ¿Sabe usted lo que significa la coincidencia de los dos jefes de la casa movilizando nada menos a Jacques Fischl, servidor de usted? Pues significa que yo no dejo de vender nunca, que vendo siempre y que venderé cuando se me entoje. Conque aquí tiene usted el catálogo para

el equipo completo de la novia. Encajes, puntillas, bordados, muselinas, batistas... *(Ha sacado de la cartera multitud de cartulinas, en las que van pegadas muestras de telas y adornos.)*

BRAGGSDORF. — *(Levantándose airado.)* ¿Y para eso me ha molestado usted?

FISCHL. — Para eso y para entregarle esta carta. *(Lo hace.)*

BRAGGSDORF. — *(Leyéndola.)* ¡Del conde Flasqui!... ¡De mi buen amigo el conde!

FISCHL. — De nuestro excelente amigo, el famoso diplomático.

BRAGGSDORF. — Señor mío, ha elegido usted un mal momento para su negocio. Viene usted recomendado por el conde Flasqui y no debo ocultarle nada.

FISCHL. — Sería inútil; yo lo adivino todo.

BRAGGSDORF. — La boda del príncipe es casi seguro que no se efectúe.

FISCHL. — ¡Imposible!

BRAGGSDORF.— Posible, amigo mío, y muy posible, desgraciadamente. Esta noche debía verificarse la primera entrevista entre los futuros esposos y el príncipe comete la locura de huir detrás de un nuevo amorío, desbaratándolo todo y poniéndonos a todos en ridículo. Imagínese usted que eso traerá consigo el rompimiento y el escándalo consiguiente.

FISCHL. — ¡Diablo!... ¡Diablo!... ¿Y usted no ha podido evitarlo?

BRAGGSDORF. — Lo intenté, pero ha sido en vano.

FISCHL. — *(Con súbita energía.)* ¡Imposible! El príncipe se casa, porque yo he de venderle el equipo de boda.

BRAGGSDORF. — No le conoce usted. Es indominable. Si se la ha metido en la cabeza... ¡Cáscaras!... ¡El príncipe Leopoldo, el padre de la princesa!.. *(Va haciendo mutis.)* No quiero que me vea... La cuestión es ganar tiempo...

FISCHL. — Mejor sería tal vez afrontar la situación...

BRAGGSDORF. — De ningún modo... Es preciso evitar una explicación. Adiós, querido Fischl.

FISCHL. — Adiós, querido secretario.

(Desaparece por la casa. Por la de la derecha aparece el príncipe Leopoldo a tiempo de oír las últimas palabras. Es un caballero anciano, elegante, irreprochable, de carácter enérgico. Viste levita gris y sombrero de media copa de igual color.)

LEOPOLDO. — Sí, sí... es él... no cabe duda... *(Plantándose ante Fischl.)* Ven a mis brazos.

FISCHL. — *(Perplejo.)* Es que...

LEOPOLDO. — Ni una palabra; a mis brazos. *(Le abraza sin que Fischl pueda evitarlo.)* ¡Así! ¡Sin cumplidos!... Discretísima conducta la del conde. Nos deja solos para que podamos hablar con libertad.

FISCHL. — Verá usted...

LEOPOLDO.— Es un gran diplomático, se ve, se ve... Hans, te miro y veo en ti toda tu raza. Eres un verdadero, un legítimo Wolfenegg-Wilferahiem.

FISCHL. — Alteza, yo soy...

LEOPOLDO. —No me llames alteza. Para ti soy sencillamente Leopoldo.

FISCHL. — Es que yo...

LEOPOLDO. — Nada, nada; Leopoldo a secas.

FISCHL. — Pues bien, Leopoldo, yo quieros deciros...
LEOPOLDO. — ¡No me digas nada, nada!
FISCHL. — *(Aparte, encogiéndose de hombros.)* ¡Bueno; no digo nada!
LEOPOLDO. — Tienes todos los rasgos de tu raza: la frente, los ojos, la nariz. Esa nariz, sobre todo es el más puro distintivo, la característica más noble.
FISCHL. — *(Aparte.)* ¡Dios mío! ¿Qué tendré en la nariz?
LEOPOLDO. — Esa nariz sólo la tienen los Wolfenegg-Wilferahiem.
FISCHL. — ¡Y yo!
LEOPOLDO. — ¿Eh?
FISCHL. — ¡Y yo que creí siempre que era algo chatillo!
LEOPOLDO. — ¡Tú qué has de ser!
FISCHL. — Decidme, alteza.
LEOPOLDO. — ¡Y dale! Llámame Leopoldo.
FISCHL. — Pues bien, Leopoldo, decidme: ¿Qué habría pasado si al llegar a mi casa mi secretario os hubiera dicho: El príncipe se ha marchado sin esperar vuestra visita.
LEOPOLDO. — ¿Esa pregunta...?
FISCHL. — Un capricho, un simple capricho. ¿Qué hubiera pasado?
LEOPOLDO. — Lo habría considerado una ofensa gravísima y daría por terminadas nuestras amistades y nuestros proyectos.
FISCHL. — ¡Caray!
LEOPOLDO. — ¿Pero a qué viene esa pregunta?
FISCHL. — A nada. Me habían hablado mucho de vuestro carácter enérgico y he querido comprobarlo. Dadme vuestra mano. *(Le estrecha la mano.)*
LEOPOLDO. — Me gusta tu modo de ser. Estoy encantado y dispuesto a concederte todo lo que me pides. ¿Deseas algo?
FISCHL. — Una cosa sencillísima.
LEOPOLDO. — Habla.
FISCHL. — Un amigo mío, el conde Flasqui, me ha recomendado a un buen chico, un viajante de la famosa casa French-Linchtenstein, con objeto de que el equipo de novia se lo compremos a él. Deseo complacerle, porque además he visto el catálogo... *(Se da cuenta de lo que tiene en la mano y lo oculta.)* ¿Vos no lo habéis visto?
LEOPOLDO. — No.
FISCHL. — Ah, pues precioso. Hay un gran surtido en encajes, puntillas, bordados, blondas, muselinas y... ¡caray! no me acuerdo cómo se llama ahora esa tela...
LEOPOLDO. — ¿Cuál?
FISCHL. — Esa que tiene el nombre de un viento... ¡Ah, sí!... Céfiro. En céfiros hay mucha variedad.
LEOPOLDO.— Me gusta tu espíritu comercial. Compraremos el equipo donde tú dices. ¡Qué excéntrico eres!
FISCHL. — Mucho. Soy así.
LEOPOLDO.— Y así te quiero. Y como a recuerdo de nuestra primera entrevista te ruego aceptes el título de coronel de mi regimiento de infantería número tres.
FISCHL. — ¿Yo, coronel?
LEOPOLDO. — Sí, tú.

Fischl.—¿Y de infantería?... No sabéis, Leopoldito, lo que me moles-a ir a pie. ¿No podríais conferirme el mismo honor en un regimiento nontado?

Leopoldo. — Sea. Mandarás mis dragones amarillos. ¿Estás contento?

Fischl. — Mucho.

Leopoldo. — *(Aparte)*. ¡Es simpático!

Fischl. — *(Aparte.)* De un golpe he salvado al príncipe, me han iecho coronel y he vendido el equipo. Ahora que , como se descubra todo, ne cargo con todo el equipo.

Leopoldo. — ¡Querido Hans!... *(Le abraza.)*

Fischl. — ¡Amado Leopoldo!...

(Hace mutis Leopoldo, después de abrazarse nuevamente, por la villa le la derecha a tiempo que sale Braggsdorf por la izquierda y en forma des-ompuesta se dirige a Fischl.)

Braggsdorf. — ¡Caballero, lo he oído todo! ¿Sabe lo que ha hecho?

Fischl. — *(Muy natural.)* Salvar al príncipe.

Braggsdorf. — ¿Cómo?

Fischl.—Lo que usted oye: salvar al príncipe. ¿Ignora usted lo que iubiera ocurrido si Leopoldo no encuentra el príncipe en casa y descubre a las pocas horas que el príncipe anda por ahí corriendo tras unos amores áciles? Pues que todo estaba perdido; que todo intento de reconciliación era ya imposible.

Braggsdorf. — ¿Y cuándo se descubra la mentira qué hacemos?

Fischl. — *(Con cómico desprecio.)* No es usted un gran diplomático, querido conde. La cuestión, por el momento, era ganar tiempo y esto está ogrado. He salvado la situación; después, cuando convenga descubrir la verdad, hace usted creer al príncipe Leopoldo que aquí ha habido un oco... y que este loco, mejorando lo presente, soy yo.

Braggsdorf. — ¡Magnífico! ¡Y le encierran a usted en un manicomio!

Fischl. — No me encierran, porque como mi interés se reduce a vender el equipo y eso ya está hecho, desaparezco y en paz. Solo sentiré dejar de ser coronel.

Braggsdorf. — ¿Le ha nombrado coronel? *(Riendo a más y mejor.)* ¡Usted coronel?

Fischl. — ¿Qué?... ¿Quería usted que me nombrase sargento? ¡Por quién me ha tomado usted! ¡Coronel y de dragones amarillos!

Braggsdorf. — ¡Usted es un osado!

Fischl. — ¿Osado? Le he dicho antes que yo venzo siempre, que nunca he fracasado y con tal de vender paso por coronel, por boticario, por obispo y hasta por ama de cría! Ya lo sabe usted.

Braggsdorf. — *(Estupefacto.)* ¡Extraordinario!

Fischl. — ¿Que no se casa el príncipe?... ¡Vaya si se casa! ¡Y se divorcia después si a mí me interesa! ¡Y se vuelve casar!... ¡Y se casa usted! ¡Y se casa todo el pueblo!

Braggsdorf. — No tenemos más remedio que seguir la comedia y sea lo que Dios quiera. *(Llamando a la villa de la izquierda)* ¡Bautista! ¡Bautista! *(Aparece Bautista.)*

Bautista. — ¿Llama el señor?

Braggsdorf. — Sí. Todo lo que ordene este caballero debe cumplirse

inmediatamente. Si regresa su excelencia el príncipe, dile que se vea al instante conmigo. *(Vase por la villa de la izquierda.)*

BAUTISTA. — *(A Fischl.)* ¿Qué título debo dar al señor?

FISCHL. — Llámame coronel.

BAUTISTA. — *(Cuadrándose.)* A la orden, mi coronel.

FISCHL. — Baja la mano. Observo que saludas muy bien y que tienes aspecto militar.

BAUTISTA. — *(Cuadrándose de nuevo.)* ¡Mi coronel!

FISCHL. — Baja la mano. Si te portas bien, soy capaz de nombrarte dragón amarillo.

BAUTISTA. — Gracias, coronel.

FISCHL. — Arriba la mano. *(Bautista se cuadra.)* Baja la mano. Ahora mismo, montas a caballo, te llegas a la posada del Cisne y dices que te den mi muestrario, digo, mi equipaje. Lo cojes y lo llevas a casa.

BAUTISTA. — ¿El nombre, mi coronel?

FISCHL. — ¡Ah, sí! Pide sencillamente el equipaje del señor Fischl, es el nombre con que viajo de incógnito.

BAUTISTA. — A la orden, mi coronel. *(Se cuadra y vase por el fondo.)*

FISCHL. — Baja la mano. *(Avanza a primer término, restregándose las manos con satisfacción.)* ¡Estupendo! Tengo el presentimiento de que mi nombre figurará en la historia, con letras de oro, al lado de Carlomagno, Napoleón... Jacques Fischl, viajante, diplomático y coronel de dragones amarillos. *(Aparece Vally con sus cajas.)*

VALLY. — Es simpatiquísimo el camarero. Me da el corazón que esta noche soñaré con él. *(Suspira.)* ¡Ay! ¿Será ese mi futuro? En fin, vamos a cumplir con mi deber. *(Se dirige a la villa de la derecha y Fischl, que la ha comtemplado con admiración, se dirige a ella con aire marcial y la detiene.)*

FISCHL. — ¿A quién busca usted, simpatiquísima?

VALLY. — Caballero, ¿con qué derecho?...

FISCHL. — Con el derecho que tiene todo hombre galante de arrojar flores al paso de una mujer bonita.

VALLY. — ¿Yo...?

FISCHL. — Usted es bonita, encantadora, hechicera, esbelta, escultural, divina, hermosa, radiante y...

VALLY. — ¿Y qué...?

FISCHL. — Y... ¿le parece a usted poco?

VALLY. — Me parece usted algo simpático.

FISCHL. — Mucho. *(Golpea con los nudillos de la caja.)* ¿Qué lleva usted en estas cajas?

VALLY. — Llevo blusas, faldas, medias, lazos, ligas...

FISCHL. — ¿Y para quién lleva usted todo eso?...

VALLY. — Para su excelencia la princesa.

FISCHL. —*(Arrebatándola una caja y disponiéndose a abrirla.)* ¿Para la princesa? ¡De ninguna manera! A ver, a ver qué es esto.

VALLY. — ¡Eh, oiga!... Que no es usted quien, para...

FISCH. — ¿Que no soy quien? Usted es la que no sabe con quién habla.

VALLY. — Deme usted mi caja.

FISCHL. — Antes tengo que ver lo que hay dentro.

VALLY. — *(Forcejeando)*. ¡Démela usted!

FISCHL. — ¡Suelte!

(Tiran uno de un lado, otro de otro, se abre la caja y caen los dos al suelo. De la caja salen medias, lazos, etc., etc.)

VALLY. — ¡Ay!...

FISCHL. — ¡Me he roto un hueso!

(Sale Ferdinand. Trae sobre el brazo, cuidadosamente, un uniforme militar. Al ver a Fischl én el suelo, queda perplejo.)

FERDINAND. — ¡Señor!...

FISCHL. — *(Sin saber qué decir.)* ¡Hola ... ¿qué tal?

FERDINAND. — Mi amo me ordena entregue a su excelencia, su uniforme de coronel.

VALLY. — *(Estupefacta.)* ¿Excelencia?... ¿Coronel?...

FISCHL. — Dele usted las gracias y preséntele mis respetos.

FERDINAND. — ¿Dónde lo llevo?

FISCHL.—A casa. Diga usted a mi secretario que lo deje en mi «budoir». *(Ferdinand pasa a la izquierda.)* ¡Ah!... ¡Oiga! No le diga usted a nadie la postura en que me ha visto.

FERDINAND. — Descuide, excelencia. *(Entra en la izquierda y a poco sale y desaparecc por la derecha, sin llevar, naturalmente, el uniforme.)*

FISCHL. — *(Levántandose y dándole la mano.)* ¿Se hizo usted daño?

VALLY. — Un poquito. ¿Y su excelencia?

FISCHL. — Otro poquito, pero ya pasará. No vale la pena.

VALLY. — Yo no sabía quién era su excelencia y le ruego disculpe mi actitud. Yo misma le enseñaré lo que hay dentro...

FISCHL. —No se moleste usted. Pasó ya mi curiosidad. Prefiero que hablemos. Ven, siéntate a mi lado.

VALLY. — No sé si debo.

FISCHL. — Debes.

VALLY — Como su excelencia ordene. ¿De modo que sois el príncipe Hans Hubert, el futuro esposo de la princesa Kitty?

FISCHL. — Lo soy.

VALLY. — ¡Qué hermosa es la princesa! Harán sus excelencias una lindísima pareja.

FISCHL. — En efecto. Los dos tenemos buena presencia, una natural apostura, no somos feos...

VALLY. — Y las fiestas en honor de los novios serán espléndidas.

FISCHL. — Figúrate.

VALLY. — Iluminaciones, fuegos artificiales, fiestas en el lago, colgaduras en los balcones y, sobre todo, una gran fiesta en el Gran Casino. ¡Ay, quién pudiera presenciarla, aunque fuera en un rinconcito!

FISCHL. — ¿Te gustaría?

VALLY. — ¡Mucho!

FISCHL. — Hecho. Te presentas, preguntas por mí, te recibiré y asistirás a la fiesta.

VALLY. — Decidme, señor. ¿Podré llevar compañía?

FISCHL. — ¿Cómo compañía?

VALLY. — No os disgustéis... Es mi novio... es decir, no lo es todavía... lo será... Es un muchacho muy bueno; es camarero.

FISCHL. — ¿Camarero? Que venga. Un camarero hace falta siempre en una fiesta.

VALLY. — Qué bueno sois, señor.

FISCHL. — Soy un príncipe muy llanote. Aunque llevo en las venas sangre azul, de un azul muy subido... azul marino... mi mayor orgullo es alternar con el pueblo. Mi ideal sería poder confundir a todo mi pueblo en un estrecho abrazo, poder besarlo...

VALLY. — ¡Ay, si el pueblo os oyera, cómo os bendeciría!

FISCHL. — No me oye, pero tú serás mi portavoz y además les dirás que besé tu frente casta y pura, haciéndome la ilusión de que al besarla, besaba a mi pueblo entero. Dame tu frente. *(Le toma la cabeza con las manos, la besa en la frente y seguidamente en la boca.)*

VALLY. — Excelencia, que os equivocáis y descendéis.

FISCHL.— No me importa. Soy el príncipe del pueblo; por eso desciendo y... repito. *(La besa de nuevo.)*

VALLY. — ¡Dios mío! ¿Quién tenía que decirme esta mañana que iba a besarme un príncipe!

FISCHL. — ¿Y eso te encanta?

VALLY. — ¡Ya lo creo! Asegura la gente que cuando un príncipe besa a una muchacha pobre, labra su fortuna.

FISCHL. — ¿Ah, sí?... Pues, ven; voy a ser tu labrador... Quiero que no te abandone nunca la felicidad.

MÚSICA

NÚMERO 4. — DUETO

VALLY Y FISCHL

FISCHL.... — Ven a mí, ven, mi bella hurí,
que yo por tu amor
muriendo estoy aquí.
VALLY........ —Déjeme, que penar me hacéis,
sois el rey
y no es posible que me améis.
FISCHL...... — Soy el rey, más tú reina eres,
reina de todas las mujeres,
este rey diera su poder
por lograr encender
tu pasión, bella mujer.
VALLY....... — Fuera tonta si lo creyera.
FISCHL...... — Nunca supe mentir amores.
VALLY....... — ¡Oh qué encanto si reina fuera!
FISCHL...... — Lo serás, y verás, que en mi amor
reinarás.
VALLY....... — ¡Oh señor, señor, por caridad
pensad en que yo
no os puedo amar.
FISCHL...... — Que el amor lo iguala todo,
ya es sabido
conque lanza tus temores
al olvido.

VALLY....... — ¡Oh señor, señor, por compasión,
desgarrando estáis mi corazón.
FISCHL...... — Este rey solo desea tu querer
y
yo te juro, mujer,
que mi reina has de ser.
(Vanse por la derecha bailando.)

HABLADO

(Aparece Bautista por la derecha con dos maletas y una caja de muestras; se dirige a la villa de la izquierda a tiempo que sale Hans Hubert por la izquierda.)

HANS. — ¡Eh, Bautista!
BAUTISTA. — Señor.
HANS. — ¿Qué equipaje es ese?
BAUTISTA. — El del señor coronel.
HANS. — ¿Qué coronel?
BAUTISTA. — El de dragones amarillos.
HANS. — ¿Pero qué coronel es ese?
BAUTISTA. — No lo sé, señor. Solo sé que ha venido y que el señor conde de Braggsdorf me ha ordenado deciros que antes de ver a nadie, habléis con él.
HANS. — ¿Para qué?
BAUTISTA. — No lo sé.
HANS.—Está bien. Dile que esta noche no habla conmigo más que ella.
BAUTISTA. — ¿Ella?
HANS. — Ella.
BAUTISTA. — ¿Y quién es ella, señor?
HANS. — ¡A ti qué te importa!
BAUTISTA. — Perdonad. *(A un gesto de Hans, vase por la izquierda.)*
HANS. — Ha llegado un coronel. ¿Quién será? *(Suenan en el reloj de la torre nueve campanadas.)* Las nueve. La hora de la cita con mi encantadora modistilla. ¿Qué dirá el príncipe? ¿Qué pensará la princesa? ¡Ba! ¡No me importa! Casarme con una mujer a quien no conozco y por dinero. ¡Qué asco! ¡Prefiero la libertad y el amor!...
VALLY. — *(Saliendo.)* ¡Juan!... ¡Juan!...
HANS. — *(Mira a todos lados. De pronto se da cuenta de que Juan es él.)* ¡Ah, sí; Juan soy yo! no me acordaba. *(A ella.)* Veo que has sido puntual, hermosa.
VALLY. — ¡Si supieras lo que me ha pasado!...

MÚSICA

NÚMERO 5

HANS Y VALLY

HANS .... — Habla, chiquilla, y dime:
¿Qué te pasó, mi linda muñeca?
Nada ocultes, cuenta lo que pasó.
VALLY .... — Un hombre vino y con desenfado sin par

un beso me ha dado.
HANS .... — Dime pronto quién fué.
VALLY .... — El príncipe, su alteza, fué quien me besó;
no pude resistirme por temor y por respeto.
HANS .... — *(Ap.)* Si el príncipe soy yo
quién fué el osado que la besó.
Es cosa interesante.
VALLY .... — El beso que me dió
de orgullo me llenó,
que cada día no se ha de tener
el placer que bese a una modistilla
un tan gran señor.
HANS .... — La enhorabuena
te tengo gustoso que dar.
VALLY .... — No te muestres celoso,
que te juro que Vally a ti
a ti tan solo siempre puede amar.
¿Te has enfadado?
HANS .... — ¿Por qué, pequeña,
por qué me he de enfadar?
(Aparece en la villa de la derecha la princesa Kitty, deteniéndose un instante en la puerta.)

HABLADO

VALLY. — Fíjate en la princesa.

HANS. — *(Asombrado de su hermosura.)* ¡Esa es la princesa!... ¡Qué encanto de mujer!

VALLY. — Bueno, bueno, no te fijes mucho, no sea que sueñes con ella y mañana se te caigan los platos de la mano. *(Llevándoselo.)* Vamos, vamos, camarero... *(Hacen mutis. Hans mirando a la princesa.)*

CANTADO

KITTY .... — Triste flor, marchitándose va tu vida
y al dolor te declaras al fin vencida.
Porque al nacer la flor
tan despiadados son
que destrozan su ilusión.
Quiero gozar los placeres
y olvidar mi dolor,
y olvidar mi dolor.

(Al terminar de cantar, aparece el príncipe Leopoldo con uniforme de gala, el pecho lleno de cruces y se dirige a Kitty.)

HABLADO

LEOPOLDO. — Kitty, es hora ya... ¿Estás preparada? Debes ponerte todas tus joyas.

KITTY. — ¿Temes acaso, papá, que no sea del agrado del príncipe?

LEOPOLDO. — Nada de eso... Vamos, Kitty, vamos. *(Al ir a hacer mutis Kitty, se oye la voz de Hans. Kitty se detiene escuchando el canto.)*

CANTADO

HANS .... — ¿Por qué aquella visión
de encanto singular

DÚO

HANS	KITTY
vino a turbar	¡Qué voz tan bella!
mi pobre corazón?	Hermoso canto de amor.
¿Porqué no he de encontrar	Tan dulce canto
a tan gentil mujer?	causa emoción,
Quiero amar,	causa emoción.
quiero vaciar	Canto de amor
la copa del querer.	amor.

(Con la última nota, desaparece Kitty por la villa. Por el foro se escuchan rumores que poco a poco van acercándose, hasta que en el fuerte aparece el Coro general de aldeanos y aldeanas, Deberer, Dusel y una banda de músicos. Se iluminan los balcones del Gran Casino y los faroles públicos. Ha caído la tarde.)

CORO .... — Vamos ya a la fiesta del amor
porque será un acto de grande sensación.
Aclamar a la princesa quiero yo
porque es la mujer más hermosa que se vió.
Las trompetas debéis preparar
para un himno de amor entonar.
¡Viva, viva su alteza real
y el cielo nos la colme
de venturas sin igual!
Vamos ya a la fiesta del amor
porque será un acto de grande sensación.
Aclamar a la princesa quiero yo
porque es la mujer más hermosa que se vió.

DUSEL..... — Nadie debe rechistar.

DEBERER.. — El primero he de ser en hablar.
Como locos todos debéis gritar: ¡Hurra!

CORO .... — Se hará, se hará.

DEBERER.. — Muchos vivas fuertes luego debéis de dar.

CORO .... — Se hará, se hará.

DEBERER.. — No olvidarse debe nadie del ceremonial
y que, doblando la cintura
y esta mano atrás...

CORO .... — Ya.

DEBERER.. — Y muy quietos largo rato hay que estar.

CORO .... — ¡Ya!

DEBERER.. — Soy un hombre de talento.

CORO .... — ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

(En este momento se descorren las cortinas de los dos pabellones. En el de la derecha se ve a la princesa Kitty delante de un espejo, dando el último retoque a su « toilette »; en su cabellera luce una preciosa diadema de brillantes. A poco llega el príncipe Leopoldo y le ofrece el brazo. En el

de la izquierda se ve a Fischl, vestido con uniforme de coronel de dragones amarillos; está mirándose a un espejo y estudiando posturas militares. A su lado está Braggsdorf. Aparece en la puerta de la villa de la derecha Ferdinand y Deberer creyéndolo el príncipe, dice:)

DEBERER.. — ¡Viva, viva su excelencia, hurra, hurra!...

CORO .... — ¡Hurra, hurra!...

DEBERER.. — ¡Viva, viva su excelencia, hurra, hurra!...

FERDINAND. — *(Anunciando.)* Su excelencia el príncipe Huettemberge y la princesa su hija.

DEBERER. — Banda, pronto prepararse.

FERDINAND. — Su excelencia el príncipe Uvefesney Uvesfesnay.

DEBERER.... — Banda, toquen todos sin equivocarse.

(Fischl aparece por la villa de la izquierda, seguido de Braggsdorf y pasa a saludar al príncipe y a la princesa.)

DEBERER.... — *(Cantado en tono enfático.)*
Señor, señor, os doy mi más cumplido parabién
y a la princesa la deseo dichas miles,
como al príncipe también.
Y sería mi mayor placer
gozaran eterno edén. Edén.

CORO ...... — Goces eternos, dichas sin cuento
vuestro pueblo sólo quiere para vos, señor.

LEOPOLDO... — *(A todos.)* Gracias, gracias, gracias.

FISCHL ..... — *(Imitándole.)* Idem, ídem, ídem.
(Braggsdorf hace señas a Deberer que se retiren.)

DEBERER.... — Es preciso dejar a su majestad.

CORO ...... — Es preciso marcharnos ya.
¡Viva su majestad!
(Vítores, aclamaciones y van haciendo mutis. Delante de todos Dusel y Deberer.)
Vamos ya a la fiesta del amor
porque será un acto de grande sensación.
Aclamar a la princesa quiero yo
porque es la mujer más hermosa que se vió.

(Fischl ofrece el brazo a la princesa, ella está algo indecisa, pero al fin lo acepta. Inicia el mutis hacia el Gran Casino; les sigue el príncipe Leopoldo, después Braggsdorf, Ferdinand, etc. Queda la escena sola. A poco sale Hans mirando por donde se fué la princesa. Vally le sigue.)

VALLY ...... — ¿Por qué de mí te alejas,
por qué sola me dejas,
oh, di, mi Juan, por qué?

HANS....... — *(Fija su idea en la princesa.)*
Mujer encantadora,
mujer tan seductora,
es la que yo soñé.

VALLY ...... — ¿En qué, di, estás pensando,
no ves que estoy llorando
al ver tu frialdad?

HANS....... — *(Como antes.)*
La dicha que soñaba

lo que yo ambicionaba.

VALLY ...... — *(Interrumpiéndole.)*
¿Por qué de mí te olvidas ya?
(Canta lo que sigue, casi llorando.)
El placer mayor del mundo es el besar
cuando dos que bien se quieren los saben dar,
que no hay dicha superior
a los besos del amor
porque quitan de las penas el dolor.

HANS. — *(Conmovido.)* Ven, pequeña, ven... ¡Soy un loco... un loco!... ¡Déjame! *(La besa en la frente.)*

VALLY. — Me besas en la frente tan solo. Tú no me quieres... no me quieres. ¡Casi preferiría que me besara el otro! *(Hace mutis por la izquierda. Hans va a seguirla, pero se detiene al ver aparecer en el balcón del Casino a la princesa Kitty.)*

KITTY.... — Hermosa noche a fe
para gozar del amor
y realizar la dicha que he soñado.
¡Oh, sueño encantador,
no pierdas la ilusión!

CORO .... — *(Dentro.)* Viva la fiesta y todos cantemos amor.
(La princesa va a retirarse del balcón, deteniéndose al oír a Hans.)

HANS .... — ¿Por qué no he de encontrar
a tan gentil mujer?
Yo quiero amar,
yo quiero amar.

(La princesa mira con ansiedad abajo y no logra descubrir en la oscuridad al que canta, desprende una rosa de su pecho y la deja caer. El príncipe Leopoldo aparece en el balcón y ofrece el brazo a la princesa, retirándose ambos. Hans recoge la rosa y la besa.)

HANS. — Arrojó una flor y no cabe duda que fué a mí. ¡Pobre princesa, no debe ser feliz y todo por mi culpa! No, yo no debo seguir esta farsa por más tiempo; debo decir toda la verdad. *(Se dirige a la puerta del hotel, pero Dusel y Schrech le detienen enérgicos.)*

SCHRECH. — ¡Alto!

DUSEL. — ¿Dónde va?

HANS. — Dentro.

DUSEL. — Imposible. La gente del pueblo no tiene entrada esta noche en el Casino.

HANS. — *(Retrocede riéndose.)* La gente del pueblo no tiene entrada esta noche en el Casino... ¡Tiene gracia, mucha gracia!... *(Dirige la mirada al balcón y canta.)*

HANS .... — Dulce sueño fué y al despertar
la ilusión encontré de mi ideal.
Oh, mujer encantadora, yo te adoro
y te juro, mujer, que tú mía has de ser.
(Se le acerca Dusel y le dice muy fuerte.)

DUSEL. — ¡Váyase, váyase de aquí!... *(Hans lo mira, se echa a reír y encogiéndose de hombros, hace mutis. Dusel y Schrech continúan su paseo de arriba abajo, mientras cae lentamente el*

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La escena:

La terraza del Gran Casino. Al fondo una amplia escalinata de mármol, arqueada, que conduce a un a manera de anfiteatro, la pista del cual es un hermoso lago.

A la derecha, gran puerta de entrada iluminada profusamente.

A los lados de la escena algunas mesas de restaurant y algunas sillas. Es de noche.

Comienza:

MÚSICA

Deberer, el Maître, ha reunido a sus camareros y a los artífices que han trabajado en la preparación de los festejos que aquella noche deben celebrarse en el Casino en honor de los príncipes. Deberer, de frac irreprochable, ante ellos, termina su peroración con los siguientes palabras:

HABLADO

DEBERER. — Tengan ustedes en cuenta que esta noche son gentes de alcurnia a los que hay que servir y que todo esmero, toda corrección habrán de ser pocos para satisfacer los deseos de la casa con respecto a sus ilustres huéspedes.

DEPENDIENTE. — Todo está dispuesto.

DEBERER.— ¿La iluminación del lago y los demás festejos, están asimismo terminados?

DEPENDIENTE. — Completamente.

DEBERER. — Cada uno en su sitio, pues. Podéis retiraros. *(Vanse todos a tiempo que por la puerta de la derecha aparecen Vally y Hans Hubert. Vally viste un sencillo pero muy elegante traje de verano y toca su cabeza con un sombrero de paja, adornado con cintas. Hans Hubert de frac.)*

VALLY. — *(A Deberer que se disponía a marcharse.)* ¡Señor! Tengo permiso especial de su excelencia el príncipe para presenciar la fiesta.

DEBERER. — ¿Se lo ha dado él mismo?

VALLY.— El mismo y además me dió un... ¡bueno!... a usted no le importa lo que me dió.

DEBERER. — Efectivamente, señorita.

VALLY. — Además, el príncipe me encargó que le presentase al camarero que ha de servirle esta noche.

DEBERER. — ¡Ah! ¿Se trae su camarero?

VALLY. — Sí.

DEBERER. — ¿Y dónde está?

VALLY. — *(Acercándose a la puerta de la derecha donde permanece discretamente esperando Hans Hubert.)* ¡Juan! ¡Juan! Aquí tienes al señor Deberer, maître del Gran Casino. Juan, el camarero del príncipe.

HANS. — A su servicio, señor.

DEBERER. — Déjame que te mire.

HANS.—*(Girando cómicamente sobre los tacones.)* Míreme usted todo lo que quiera.

DEBERER. — Me gustas. Hay distinción, hay aire, hay elegancia, hay...

HANS. — ¿Hay algo más?

DEBERER. — Nada. Eres todo un camarero. Eso salta a la vista.

HANS. — Sí, señor; salta.

(En este momento se oyen vivas, disparos y música.)

MÚSICA. — REMINISCENCIA

DEBERER. — Ya están ahí. ¡Pronto! *(A Hans.)* Vete a la cocina. Y usted, señorita, puede quedarse donde quiera. Ya llegan. *(Mutis Hans Hubert por la izquierda. Aparecen los camareros y se colocan en fila ante la puerta de entrada. Entran Leopoldo, Kitty, Fischl, Braggsdorf, coro general de damas y caballeros y banda de música. Fischl viste el uniforme de coronel de los dragones amarillos. Ha adoptado un paso forzado que pretende ser elegante y marcial.)*

FISCHL. —*(Pasando revista a los músicos.)* Habéis tocado divinamente. La marcha fúnebre-nupcial, sobre todo, ha resultado hermosísima. Sois una banda excelente. En premio os concederé la banda de san Cleto y así tendréis dos bandas: la de viento y la de tela.

BRAGGSDORF. — *(A Deberer.)* Mande retirar a todo el mundo. Los señores quieren estar solos.

DEBERER.— Al momento, señor. *(A una señal de Deberer vanse todos, después de saludar con una exagerada reverencia. Quedan en escena Fischl, Leopoldo, Braggsdorf y Kitty. Esta última, melancólica, pensativa, se ha sentado en un sillón del fondo.)*

LEOPOLDO. — ¡Soy feliz, verdaderamente feliz! Y tú, Hans, ¿cómo te encuentras?

FISCHL. — ¡Encantado, Leopoldote, encantado! Hace mucho tiempo que no me había encontrado tan bien.

LEOPOLDO. — ¿De modo que eres feliz?

FISCHL. — *(Para sí.)* Es preciso hablar con gran elevación espiritual. *(A Leopoldo.)* ¡Soy feliz como el pájaro que, volando volando, se posó sobre una nube! *(Aparte.)* ¡Me ha salido bien lo del pájaro, caray! No cabe mayor elevación.

LEOPOLDO. — *(Con misterio.)* En cambio la princesa, mírala, siempre melancólica.

FISCHL. — Pronto la sonrisa asomará a sus labios. Hoy la hice ya mi primera declaración.

LEOPOLDO. — ¿Sí?

FISCHL. — La he comunicado que su equipo de novia se confecciona en la casa French y Linchtenstein.

LEOPOLDO. — No está mal. Pero opino que le gustará más que le hables con el lenguaje del corazón, lo más poéticamente posible. No he de ocultarte que mi hija es algo romántica.

FISCHL. — ¡Y yo!... *(Aparte.)* ¡Y yo que no sé una palabra de todo eso! *(Alto.)* ¡Descuidad, Leopoldo!

LEOPOLDO. — *(A Braggsdorf.)* Querido conde, ¿quiere usted que vayamos a contemplar los alrededores?

BRAGGSDORF. — A vuestras órdenes.

LEOPOLDO. — *(Cogiéndole familiarmente del brazo.)* Habrá comprendido usted que eso de los alrededores es para que se queden solos. Somos viejos diplomáticos, conde!... ¿Está usted contento?

BRAGGSDORF. — Sí, muy contento... *(Aparte.)* ¡Estoy como para que me descuarticen! *(Vanse por el foro. Fischl, después de un momento, se dirige a Kitty calándose el monóculo y balanceándose de cómica manera.)*

FISCHL. — ¿Está usted contemplando el lago, princesa? A mí los lagos me entusiasman. No se mueven. Además, uno puede mirarse en ellos como en un espejo y... nada... ¡Siempre quietos! Este es precioso: agua cristalina, plantas acuáticas y multitud de peces de colores. *(La princesa se ríe.)* ¿Se ríe usted de mí? ¿Dije alguna tontería? ¿No? ¿Entonces por qué ríe? ¡Ah, ya; seguramente se ríe de los peces de colores. *(La princesa hace un movimiento de impaciencia. Aparte.)* No le ha gustado el chiste. ¡Seguramente lo había oído antes! Es preciso intentar otro golpe. *(A ella.)* ¿Ha visto, princesa, qué árboles más corpulentos? Y a un lado, como amparándose en ellos, ¿ha visto usted qué arbolitos más lindos? ¡Ah! ¡No hay nada como los árboles y los arbolitos para hacer un bosque! ¿Le gusta a usted el bosque? *(La princesa calla.)* *(Aparte.)* No le gusta el bosque. *(A ella.)* ¿Le gusta a usted el campo? *(Aparte.)* No le gusta. *(A ella.)* ¿Le gustan a usted las flores? *(Aparte.)* Tampoco... ¿Qué les gustará a las princesas? *(A ella.)* Yo, princesa, soy un enamorado de la naturaleza. Soy un soñador. Hasta cuando duermo, soy soñador. Sueño casi todas las noches. Mi ilusión es la de los poetas. A mí no se me ha ocurrido nunca entonar loas en honor del teléfono, del ferrocarril ni del gramófono. Yo las entono a los campos, a los valles, a las llanuras, a las colinas, a las montañas, a las cordilleras, a los bosques, a los prados, a los picachos, a los abismos... *(Aparte.)* ¡Así podría estar hablando una hora seguida!... *A ella.)* ¿Y cuándo se oye el susurro del viento, princesa? El murmullo de la brisa, el... el... *(Aparte.)* ¡Ya se me ha olvidado otra vez el viento tela!... *(A ella.)* ¡Ah, sí! el céfiro... el céfiro blando... *(La princesa sigue callada.)* ¿Decía usted? ¿No decía nada? ¿He dicho yo algo?

KITTY. — *(Levantándose.)* Príncipe: no debemos un minuto más seguir representando esta farsa ridícula.

FISCHL. — ¿Eh?

KITTY. — Nos quieren unir a la fuerza. Disponen de nuestra vida y de nuestro destino a su antojo, sin comprender que no nos amamos.

FISCHL. — No pluralice, princesa. Yo la amo.

KITTY. — Y yo a usted no.

FISCHL. — Comprendido. ¿Eso quiere decir que no le gusto?

KITTY. — Hablando sinceramente, príncipe, debo decirle que no.

FISCHL. — Es raro. Espero de todos modos, que con el tiempo cambie usted de opinión.

KITTY. — Nunca. Y como quiero poner fin a esta comedia, voy a hacerle una proposición.

FISCHL. — Diga.

KITTY. — Yo no le rechazaré. Debe ser usted quien me rechace.

FISCHL. — ¿Deshacer la boda?

KITTY. — Sí, señor.

FISCHL. — ¡Imposible! ¿Piense usted que está encargado el equipo de novia? ¿Qué diría la gente?

KITTY. — Lo que quiera. Diga usted que no le gusto, que soy fea, que soy tonta, que tengo un genio insoportable... lo que usted quiera.

FISCHL. — ¡Cálmese por Dios, princesa! Hoy está usted excesivamente nerviosa y no es extraña su actitud, pero quizás mañana... ¡quizás esta misma noche cuando baile usted conmigo...

KITTY. — ¡Ah! ¿Baila usted?

FISCHL. — El baile es mi pasión favorita. ¿Quiere usted aceptar mi brazo, princesa?

MÚSICA

NÚMERO 6. — DUETO

KITTY y FISCHL

FISCHL.. — Veinte horas sin tropiezo
baile yo en Carnaval,
sin cesar,
y si no me detienen
bailo hasta el Juicio Final.

KITTY... — ¡Oh, callad por Dios!
No sigáis de ese modo,
que risa me da
el pensar
que si cobráis impulso,
cual una peonza
se os ha de parar.

FISCHL... — Pues sabed que en el baile mi fama
es piramidal
sin igual,
ni valsando ni foxtroteando
he podido hallar
un rival.
Una noche en Venecia en un salón bailé
y llamé
la atención de las gentes y cuatro premios gané.

KITTY.... — ¡Oh callad, por Dios!
No sigáis de ese modo, que me hacéis reír
y advertir
debo, que todo esposo, hará el oso
bailando así.

FISCHL...... — Pues sabed que en el baile soy hombre
que no tengo igual
y es verdad
Pues valsando ni foxtroteando
he podido hallar
un rival.

KITTY....... — *(Aparte.)* Baila bien, no cabe duda
(A él.) Muy bien, príncipe, bailáis.
Risa me dais

FISCHL...... — Reíd, linda princesa, lo que queráis.

KITTY, VALLY
Y HANS... — Es la verdad, que muy bien danzáis.

FISCHL...... — Siete premios me dieron bailando en Budapest
y en París
cien mil francos me daban porque bailase allí
tan solo un mes.

KITTY....... — No sigáis de ese modo que nos hacéis reír
y advertir
debo, querido esposo, que hacéis el oso
bailando así.

VALLY....... — No me extraña que os dieran los premios,
pues agilidad
tenéis tal,
que es difícil que foxtroteando
podáis encontrar un rival.

HANS........ — Baila bien, no cabe duda.

VALLY....... — Muy bien, príncipe, bailáis.

KITTY........ — Risa me dais.

FISCHL...... — Reíd, linda princesa, lo que queráis.

VALLY, KITTY Y HANS. — Es la verdad, que muy bien danzáis.

(Al terminar el número vanse.)

HABLADO

(Aparecen Leopoldo y Braggsdorf.)

LEOPOLDO. — Le dije, conde, que la ocasión hace nacer el amor, y ya lo está usted viendo. Habrán ido también a contemplar los alrededores.

BRAGGSDORF. — En efecto, no se ven por aquí.

(Aparece precipitadamente Fischl.)

FISCHL. — Leopoldo, tengo que hablaros reservadamente. Conde, os suplico que nos dejéis solos.

BRAGGSDORF. — ¿Yo?...

FISCHL. — Sí,vos... os llamaré cuando os necesite. ¡Ala! ¡Ala! Los secretarios callan y se marchan. *(Vase Braggsdorf después de mirarle con desprecio.)*

LEOPOLDO. — ¿Y mi hija?

FISCHL. — De ella, precisamente, vengo a hablaros. *(Le lleva a primer término, cogiéndole de la mano con misterio.)* Leopoldo; sospecho que vuestra hija no me quiere y estoy por añadir que está dispuesta a romper nuestra boda.

LEOPOLDO. — ¿Te lo ha dicho?

FISCHL. — Muy claro, no... pero lo ha dejado entrever veladamente. La princesa es una fortaleza infranqueable.

LEOPOLDO. — ¿Y tú eres dragón amarillo? Un soldado no puede hablar así. En guerra y en amor las fortalezas se atacan y se rinden. Tú debes atacar y rendir.

FISCHL. — Mirad que creo que aquí el único que se va a rendir soy yo.

LEOPOLDO. — No quiero oirte más. Te dejo.

FISCHL. — Pero...

LEOPOLDO. — ¡Nada!... ¡Ni una palabra! Ya sabes lo que te he dicho. Ataca, pero ataca de frente y rinde, cual cumple a un soldado y a un caballero. Si no lo haces así, renegaré de haberte nombrado coronel.

FISCHL. — No reniegues. Juro hacer honor al uniforme. Atacaré de frente y rendiré.

LEOPOLDO. — Así me gustas. *(Vase.)*

FISCHL. — ¿Porqué no le gustaré así a la princesa?... Tiene razón mi futuro suegro. Las fortalezas hay que rendirlas y yo soy soldado, es decir, no soy soldado, soy coronel de dragones amarillos. *(Se pasea orgulloso, con paso ridículamente marcial. Sale Hans y dos camareros y colocan una mesa en el centro, arrimando un sillón a la derecha y otro a la izquierda. Hans se queda mirando a Fischl de arriba a bajo y sonríe.)* ¿Qué pasa? ¿Porqué me miras con tanta insistencia? ¿No has visto nunca un príncipe?

HANS. — Como su excelencia, ninguno.

FISCHL. — ¿Quién eres?

HANS. — El camarero encargado de servir a su excelencia.

FISCHL. — ¿Has estado en la guerra?

HANS. — Dos años. He sido dragón amarillo.

FISCHL. — *(Aparte.)* ¡Cáscaras! ¡Este camarero no me gusta! *(Alto.)* ¿Entonces debes haberme reconocido?

HANS. — Os reconocí al momento, mi coronel. Recordaréis que estaba yo en vuestra compañía la noche del terrible asalto del enemigo.

FISCHL. — Estabais en mi compañía la noche...

HANS. — La noche del ataque.

FISCHL. — *(Aparte.)* ¡Este camarero no me gusta!

HANS. — ¡Cómo os portasteis aquella noche!

FISCHL. — ¿Bien, eh?

HANS. — ¡Qué valor el vuestro al tomar la bandera enemiga!

FISCHL. — *(Atontado.)* ¿Sí, eh?

HANS. — ¡Con qué ardor corríais!

FISCHL. — ¿Eh?

HANS. — ¡Corríais tras el enemigo!

FISCHL. — *(Aparte.)* Me está tomando el pelo. *(A él.)* Bien, bien, no me recuerdes lo del ataque y sírveme.

HANS. — Cuando guste su excelencia.

(Hans coge una silla, la coloca cerca del sillón de la izquierda y vase.)

FISCHL. — ¡Este camarero no me gusta! Suerte que yo he sabido colocarme en mi sitio y pararle los pies a tiempo. ¡No faltaría más! ¡Tomarse un camarero confianzas con un príncipe! ¡Estaría bueno! ¿Quién es él? ¡Un camarero! ¿Quién soy yo? Un sinvergüenza, conformes, pero soy príncipe! ¡Sinvergüenza, pero príncipe!...

(Aparece Leopoldo llevando del brazo a la princesa Kitty.)

LEOPOLDO. — ¿Lo ves, hija mía? Te está esperando. Cena con él, sé con él amable; hazlo por mí, Kitty, por tu padre.

KITTY. — Te complaceré. *(Vase Leopoldo. Kitty baja al centro.)* Es deseo de papá que cenemos los dos a solas.

FISCHL. — Gran idea la de su papá. Haga usted el favor de sentarse. *(Llamando.)* ¡Camarero!... Su papá es muy amable conmigo, muy bondadoso. ¿Pero dónde estará este maldito camarero? *(Llamando a voces.)* ¡Camarero!... ¡Camarero!... *(Se sientan a la mesa. Fischl deja su casco sobre la silla contigua al sillón.)*

HANS. — *(Aparece con una sopera y un cucharón y se queda a mitad del camino mirando a la princesa.)* ¡A la orden!

FISCHL. — ¿A la orden y te paras? *(Aparte.)* ¡Este camarero me revienta!

HANS. — Voy, señor. *(Da unos pasos y vuelve a detenerse contemplando admirado a la princesa.)*

FISCHL. — ¿Qué le parece a usted este camarero? En un segundo, dos paraditas. *(A Hans.)* ¿Tienes calambres en las piernas?

KITTY.— *(A Hans.)* Puede usted servirnos. Y le ruego lo haga lo más rápido posible, porque su excelencia está muy nervioso.

HANS. — Yo también lo estoy, princesa.

FISCHL. — *(Aparte.)* ¡Caray! ¡Cada vez me gusta menos este hombre! *(Hans sirve a la princesa y después, sin dejar de contemplarla, se queda parado sin servir a Fischl. Este, nervioso, golpea con los dedos sobre la mesa.)*

FISCHL. — ¡Vaya, otra paradita! ¡Eh, mozo!

HANS. — ¡Señor!... *(Empieza a servirle muy despacio, sin dejar de mirar a la princesa y entusiasmado y distraído deja caer la sopa encima del pantalón de Fischl.)*

FISCHL. — *(Aparte.)* ¡Este camarero me crispa los nervios! estoy que ardo; me quema la sangre, me quema... *(Dando un salto.)* ¡Caray, que me quemas, imbécil!

HANS. — ¡Pardon!... ¡Pardon!... *(Se pone de rodillas y con la servilleta le frota el pantalón.)* No se apure, excelencia. Mañana ya estará seco.

FISCHL. — *(Aparte.)* ¡Idiota! ¿Dejaré que me estés frotando toda la noche? *(Learrebat a la servilleta y se frota con ella el pantalón.)* ¡Anda!.. ¡Sirve el champán!

HANS. — ¡Al momento!

FISCHL. — Perdone, princesa, mi excitación.

KITTY. — Es muy natural.

(Reaparece Hans llevando el champán en una cubeta.)

FISCHL. — *(Aparte.)* ¡Hum!... ¡Ya le tenemos aquí otra vez! *(Hans llena la copa a la princesa y se queda parado.)*

KITTY. — Muchas gracias.

FISCHL. — ¡Eh! Sírveme. *(Hans va a servirle. Fischl, escamado, extiende el brazo con la copa y dice:)* Un momento. Sírveme por detrás y con cuidado. *(La copa queda precisamente sobre el casco de Fischl y Hans, mirando a la princesa, vierte el líquido en el interior del casco.)* Princesa, permítame vaciar la copa a su salud y por nuestro amor! *(Dándose cuenta de que la copa está vacía.)* ¿Eh, qué es eso? ¿Vacía?... ¡Ya no aguanto más, ea!

HANS. — ¡Pardon!

FISCHL. — ¡Qué pardón ni que ocho cuartos! Usted ha pretendido burlarse de mí y no lo consiento! Voy a ver a su jefe para que le ponga ahora mismo de patitas en la calle!...

HANS. — Pero...

FISCHL. — ¡No faltaría más! ¡Burlarse de mí! ¡De un príncipe, de un coronel! *(Coge el casco y al ponérselo le cae el líquido encima.)* ¡Rayos y truenos! ¿Es que llueve?... *(La princesa ríe.)* ¿Qué has hecho, idiota?

HANS. — ¡Pardon!

FISCHL. — ¿Otra vez pardón? ¡Voy a denunciarte a la autoridad! ¡Voy a mandar que te cuelguen hasta que te quedes sin respiración! ¡Hacerme esto a mí, a un príncipe, a un dragón amarillo! ¡Serás colgado, colgado!... *(Vase furoso.)*

HANS. — ¿Desea la señora que le sirva algo más?

KITTY. — *(Levantándose.)* No, gracias.

HANS. — No debe haber quedado su alteza muy contenta de mis servicios.

KITTY. — ¿Por qué no?

HANS. — Debéis perdonarme. Es la falta de costumbre. Yo, señora, no he sido nunca camarero.

KITTY. — ¿Ah, no?

HANS. — No, excelencia; hoy ha sido mi debut en este oficio y ya habéis visto mi torpeza y mi fracaso. Me veré obligado a dejarlo. No he nacido para eso. *(Pequeña pausa.)* Le suplico, alteza, perdone el atrevimiento que he tenido al hablarla de mí.

KITTY. — Nada de eso. Yo me he interesado siempre por la vida de los demás. Cuénteme usted su historia.

HANS. — Es muy triste, princesa. Sólo le diré que soy un hombre que pudo subir muy alto, muy alto, y que en lugar de subir he descendido lamentablemente.

KITTY. — ¿Sois tal vez un noble arruinado? *(Hans asiente.)* ¿Habréis cometido todas las ligerezas? *(Lo mismo.)* ¿El juego? *(Lo mismo.)* ¿Deudas? *(Lo mismo.)* ¿Mujeres?

HANS. — *(Muy rápido.)* ¡Mujeres, no!

KITTY. — ¿Cómo? ¿No han jugado las mujeres en vuestra vida un papel importante?

HANS. — Puedo juraros que no.

KITTY. — ¿No habéis amado nunca?

HANS. — Nunca. Es decir... empiezo a amar ahora.

KITTY. — ¿Ahora?

HANS. — Sí, alteza.

KITTY. — ¿Y sois correspondido?

HANS. — No lo sé, porque nada la he dicho.

KITTY. — ¿Y por qué no?

HANS. — Porque está demasiado alta para un pobre camarero.

KITTY. — No hay alturas ni jerarquías para el amor.

HANS. — Sin embargo...

KITTY. — Decidme quién es y yo haré todo lo que pueda para protejeros, para que seáis feliz.

HANS. — Esa mujer es... *(Se detiene.)* Permitidme antes que me

desembarece del camarero. *(Deja el delantal y la servilleta sobre la silla.)* Excelencia, la mujer que yo amo, sois vos.

KITTY. — ¿Yo?

HANS. — Vos. Y una vez hecha mi declaración, vuelvo a convertirme en camarero y me retiro.

(Coge el delantal y la servilleta y se dispone a marcharse. Ella le detiene.)

KITTY.—No os vayáis. *(Ríe de buena gana.)* Ahora comienza a interesarme este asunto.

HANS. — Comprendo que debéis reíros de mí, que os burléis de mí, que debo causaros, ...eso... risa... pero no es mía la culpa, princesa. Es vuestra.

KITTY — ¿Mía?

HANS. — Vuestra y... de una flor.

KITTY. — No os entiendo.

HANS. — Anoche, señora, os asomasteis al balcón. En vuestro rostro, iluminado por la luna, leí la honda pena que os producía la decisión de vuestro padre de casaros con un hombre a quien no amáis. Al veros, quedé asombrado de vuestra hermosura. Yo canté mi canción, «La canción que no muere»; vos la escuchasteis con agrado y en premio al cantor arrojasteis esta rosa a la calle.

KITTY. — ¿Erais vos, así, el que cantó?

HANS. — Yo, señora.

KITTY. — ¿Y decís que la canción se llama?...

HANS. — «La canción que no muere»... porque ella es el amor y el amor es eterno cuando es verdadero.

KITTY. — *(Pensativa.)* ¡La canción que no muere!...

MÚSICA

NÚMERO 7. — DUETO

KITTY Y HANS

KITTY....... — Es triste que al amor vuestro
no pueda yo corresponder.
HANS......... — Para el amor no hay jerarquías,
todo el amor puede vencer.
Procuraré de aquí alejarme.
KITTY........ — Me causa honda pena
el veros tan triste y pesaroso.
HANS........ — Pobre de mí que no hallo
un amor sincero.
Pido mi perdón si atrevido
ante vos la mirada
pude yo alzar.
KITTY....... — Yo os doy mi perdón más sincero,
que el amor, caballero,
os hizo hablar.
Vida que te vas marchitando
el amor esperándote está.
HANS........ — Yo que en amor no creía

al miraros un día, creí.
KITTY....... — No habléis así, pobre de mí,
porque aquel día os vi.
LOS DOS..... — Sueño encantador, déjame gozar,
déjame soñar, con el amor
embriagador.
No me hagas sufrir,
no me hagas penar
porque muero, y no quiero
de ti despertar.
(Al terminar el número vanse por la derecha.)

HABLADO

(Aparece Deberer y Fischl. Vienen discutiendo.)

FISCHL. — *(Muy acalorado.)* ¿Le parece a usted bonito lo que ha hecho conmigo ese antipático camarero?

DEBERER. — ¡Señor?

FISCHL. — ¡Cállese!

DEBERER. — ¡Señor!

FISCHL. — *(Dando un grito encordecedor.)* ¡Que se calle, le digo! ¡Cuando hablan los príncipes, los maîtres se callan!

DEBERER. — Debo advertiros...

FISCHL. — ¡Cállese! Ahora mismo despide usted a ese estúpido de camarero. Y como a mí no me agrada quitar el pan a nadie, le ofrece usted una renta.

DEBERER. — ¿Una renta?

FISCHL. — Sí, una renta de quince o veinte mil francos anuales.

DEBERER. — ¡Pero eso es mi ruina!

FISCHL.— ¡He dicho, le ofrece usted. No le he dicho, le paga usted. ¿Comprendido? Se le ofrece de momento para quitarle la mala impresión de la despedida.

DEBERER. — ¡Ah, ya!

FISCHL. — ¡Cállese! Y ¡ala! ¡ala! a despedir a ese vago! ¡Cállese!... *(Dándose cuenta de que su interlocutor no intentó siquiera hablar.)* ¡Váyase!

DEBERER. — ¡Voy, excelencia! *(Al salir tropieza con Vally.)* ¡Usted tiene la culpa de todo!

VALLY. — ¿Yo?

DEBERER. — Usted, solo usted, por haberme recomendado semejante estúpido. *(Vase.)* *(Vally se dirige a Fischl y se arrodilla ante él suplicante. Fischl la ayuda a levantarse y la dice sonriente.)*

FISCHL. — ¡Levántate!

VALLY. — Excelencia ¡Perdón para él!

FISCHL. —¡Imposible! ¡Se ha reído de mí, de un príncipe! Ha manchado mi pantalón, ha llenado mi casco de champán... ¡No puedo perdonarle!

VALLY. — ¡Perdón, excelencia! Perdonadle y os consideraré el mejor, el más bondadoso de los príncipes. Si no le perdonáis, me moriré de pena. *(Llora.)*

FISCHL. — *(Muy solemne.)* No llores, hermosa criatura. No mojes tus

dulces mejillas con el agua salada de tus lágrimas. Ningún hombre merece que llore por él una mujer. *(Aparte.)* Esto lo he leído yo en alguna parte!

VALLY. — ¡Cuán bueno sois!

FISCHL. — *(Secándola los ojos.)* ¡Qué ojos tan bellos tienes, pequeña mía! ¡Qué mirada la tuya tan fascinadora, niña! ¡Qué mirada! ¿Qué tienes en la mirada, niña de los ojos bellos? *(Aparte.)* Esto lo he oído yo en alguna parte.

VALLY. — ¿Le perdonáis, señor?...

FISCHL. — Le perdono.

VALLY. — ¡Gracias, señor!

FISCHL. — ¿Tanto le quieres?

VALLY. — Le aprecio solamente. Si sólo le conozco desde ayer.

FISCHL. — Entonces arrójale de tu corazón. Un simple camarero no es nada para ti. Tú te mereces más; te mereces un príncipe.

VALLY. — ¿Un príncipe?

FISCHL. — Un príncipe, sí. Yo, por ejemplo.

VALLY. — ¡Imposible!

FISCHL. — ¿Porqué?... ¿Quién era la Pompadour? Una muchacha honesta, pero pobre, que llegó por su hermosura a ser la favorita de un rey. Tú serás mi Pompadour.

VALLY. — ¡No es posible! ¿Qué diría la princesa, qué diría el príncipe, qué diría la gente?

FISCHL.—¡Que digan misa! ¡No te importe! Serás mi favorita. Te compraré un hotelito, joyas, vestidos, un automóvil, dos pianolas, un perrito muy feo y muy pequeño, de esos que les cae el pelo delante de los ojos.

VALLY. — ¡Excelencia, os volvéis loco!

FISCHL. — ¡Loco por ti! ¡Te adoro, te idolatro, pequeña mía!

CANTADO

NÚMERO 8. — DUETO

VALLY Y FISCHL

FISCHL...... — Tú serás mi Pompadour
que en mi corazón reine
y has de ser tan solo tú
quien mi pueblo gobierne.
VALLY....... — No debes engañarme
porque soy una
chiquilla que no tuvo
nunca fortuna.
FISCHL...... — En mí debes fiar.
VALLY....... — Qué dicha si eso es cierto.
FISCHL...... — Mi Pompadour serás.
VALLY....... — Feliz me harás.
FISCHL...... — Tú serás mi amada,
tú mi Pompadour,
mírame a la cara,
que me dé la luz.

VALLY....... — En tus frases cariñosas
no debo yo creer.
FISCHL...... — Yo te doy palabra
que reina tú has de ser.
VALLY....... — Yo seré tu Pompadour
que en tu corazón reine,
y he de ser tan solo yo
quien tu pueblo gobierne.
FISCHL...... — Verás como muy pronto
sin duda alguna
harás en poco tiempo
la gran fortuna.
VALLY....... — Mucho quiero brillar.
FISCHL...... — Tendrás muchos brillantes.
VALLY....... — Y perlas además.
FISCHL...... — También tendrás.
VALLY....... — Yo seré tu amada.
bella Pompadour,
yo seré tu reina
y mi esclavo tú.
FISCHL...... — En tus frases cariñosas
no debo confiar.
VALLY....... — Yo puedo jurarte
que solo a ti he de amar.
(Al terminar el número vanse bailando.)

HABLADO

(Aparece Leopoldo.)

LEOPOLDO. — Pues señor, no encuentro a mi hija y a mi futuro yerno por ninguna parte. Vamos a ver: lógica, un poco de lógica. La lógica nunca falla. Cuando a uno, mejor dicho, a dos no se les encuentra por parte alguna, es que se esconden. ¡Evidente! Cuando dos se esconden es que huyen del ruido y de las gentes. ¡Exactísimo! Cuando dos buscan la soledad es que se aman. ¡No hay duda!... ¡No hay duda!... ¡El amor ha hecho en ellos su presa! ¡Se quieren! ¡Se quieren! *(Viendo aparecer a Kitty por el foro.)* Ven, hija mía; no te dé rubor. ¡Habla! Dile a tu padre lo que solo tal vez te atreverías a decir a tu confesor.

KITTY. — Celebro hallarte en tan buena disposición.

LEOPOLDO. — *(Extasiado.)* Habla, hija mía... ábreme tu corazón... Vienes a decirme que...

KITTY. — *(Atajándolo.)* Que he mandado venir nuestro automóvil. Que está para llegar. Que me marcho antes de que vengan los invitados.

LEOPOLDO. — ¿Pero es posible? ¿Qué dices?

KITTY. — Digo, sencillamente, que no quiero al príncipe, y como no le quiero, no me caso.

LEOPOLDO. — *(Dejándose caer en una silla anonadado.)* ¡Adiós, boda! Adiós, lógica!... ¡Hija por Dios! ¿Y el escándalo?

KITTY. — Entre mi felicidad y el escándalo, prefiero el escándalo. *(Vase.)*

LEOPOLDO. — *(Siguiéndola.)* ¡Pero, hija mía, hija de mi alma! Piensa lo que dices! Reflexiona que todo un pueblo nos mira, que seremos el blanco de sus burlas, de sus murmuraciones!...

(Aparece Hans, triste, pensativo.)

HANS. — ¡Increíble! ¡Estupendo! Huyo de mi novia sin conocerla y al conocerla me enamoro de ella como un loco. ¿Cómo deshacer el error? ¿Cómo decirla que no soy su camarero? Pero... ¿y la otra? ¿Y Vally?... ¡Pobre muchacha! No tengo más remedio que desengañarla. ¿Pero quién se lo dice?... *(Dándose un golpe en la frente.)* ¡Ya está! ¡La escribiré! ¡Es lo niejor! Fingiré que me tiembla el pulso al esciibirla. Esto es siempre de efecto seguro. *(Se sienta a la izquierda disponiéndose a escribir. Sale Vally.)*

VALLY. — ¡Soy la Pompadour! ¡La futura favorita de un príncipe! Voy a tener joyas, automóvil, vestidos y un perrito muy feo!... Pero... ¿Juan? ¿Qué le digo yo a Juan?... ¡No, no se lo digo! ¡Le escribiré! ¡Es lo mejor! Fingiré que me tiembla el pulso al escribirle. Esto es siempre de efecto seguro. *(Se sienta a la derecha disponiéndose a escribir.)*

MÚSICA

NÚMERO 9 — DUETO

VALLY Y HANS

HANS......... — Mi linda muñequita, yo te pido
que lances mis amores al olvido
el dejar de quererte
me causará la muerte,
VALLY....... — Perdóname, mi Juan, si es que te pido
que lances mis amores al olvido
y mi muerte será
no verte más.
HANS........ — El motivo, linda Vally, no sabrás.
VALLY....... — No preguntes el motivo de mi acción
HANS......... — Pronto se consolará tu corazón.
VALLY....... — Sé que pronto te consolarás
HANS........ — En verdad me produce pesar
el tenerte mi bien que dejar.
VALLY....... — Mucha pena me da el olvidarte
y un pesar muy hondo siento yo al dejarte.
HANS........ — Y termino pidiendo perdón,
que lo espero de tu corazón.
VALLY....... — Y yo espero de ti, el merecer,
que me perdones este proceder.

(Al terminar de escribir, siempre vueltos de espaldas, pegan los sobres; se levantan y al volverse, al tropezar casi, quedan mudos de asombro. Un momento. Vacilan, se cambian las cartas, rasgan los sobres y hacen mutis leyéndolas y riéndose. Aparece Fischl y seguidamerte Braggsdorf.)

FISCHL. — Ya estoy seco. Ya estoy presentable, hasta que el camarero se le ocurra estropearme otra vez la figura.

BRAGGSDORF. — Un telegrama del Ministerio del Exterior *(Viendo a*

Fischl) Permítame usted un momento. *(Lee.)* «Acaba con la broma inocente del príncipe fingido y arroja a la calle al idiota que lo representa». *(Braggsdorf mira a Fischl, conteniendo a duras penas la risa. Este sigue con la botella y el vaso en las manos.)*

FISCHL. — ¿Qué dice el telegrama?

BRAGGSDORF. — Pues dice que tiene usted que marcharse con viento fresco.

FISCHL. — ¡Caballero!...

BRAGGSDORF. — Tengo orden de echarle a la calle.

FISCHL. — Se olvida usted de quién soy. Inténtelo. El pueblo está de mi parte. Me adora. En cuanto vea la menor violencia hacia mi real persona, hago estallar la revolución.

BRAGGSDORF. — ¿Está usted loco?

FISCHL. — ¡Esta palabra!...

BRAGGSDORF. — Señor Fischl. Quiero desenredar la madeja con astucia, sin violencia, pero si usted comete algún desatino, ¡pobre de su cabeza! *(Vase precipitadamente.)*

FISCHL. — ¿Qué dice este hombre? ¿Marcharme? ¡Cá! Estoy muy bien aquí. Yo no dejo de ser príncipe aunque me ahorquen. Es decir, si me ahorcan dejo de serlo... Pero no dejo que me avasallen! ¿Fischl, eres dragón? ¡Soylo! ¿Eres príncipe? ¡Soylo! Pues, entereza, valor, energía y... ¡Allá voy yo!... *(Vase orgulloso, contorneándose con aire marcial.)*

CANTADO

HANS..... — Que me vaya...
KITTY.... — Nada me importa.
Yo quiero huir
en busca de un nuevo
amor.
LOS DOS.. — Buscáis amor,
cual lo buscaba yo;
ya lo encontré.
Nuestra pasión
por fin venció.
HANS .... — Pensadlo bien... Huir conmigo...
KITTY.... — Pensarlo no quiero.
Huyamos camino de la dicha.
Ya habéis logrado hallar
un corazón sincero.
HANS .... — Alma, que tu amor me has brindado
ante ti, subyugado, caigo yo.
(Va a arrodillarse.)
KITTY.... — *(Levantándole.)*
Alza, que te esperan mis brazos
para atarte en los lazos de mi amor.
Vida que te estás marchitando
el amor esperándote está.

LOS DOS.. — Bella es la « Canción que no muere »
la que yo aquella noche te oí.
Ven hacia mí, que veo en ti
la dicha y el amor.
(Hacen mutis, Sale el príncipe Leopoldo, azoradísimo, buscando a Kitty.)

LEOPOLDO. — Kitty, Kitty, dónde se metió;
¿dónde estará? nadie la ha visto.
Tampoco a Fischl, nadie le vió;
dónde estarán, huyen sin duda.
(A Deberer, que sale.)
¿Y sus altezas?

DEBERER.. — No sé, señor.
(Se oyen rumores fuera.)
Pronto, ya llegan...
Ya viene... dar luz.
(Varios criados iluminan toda la escena. Aparece el conde Braggedorf y se dirige a Leopoldo.)

BRAGGSD... — No está la princesa.

LEOPOLDO. — No está, señor.

BRAGGSD... — Llamadla pronto.

LEOPOLDO. — Venid, Braggsdorf.
(Vánse. El Coro e invitados han invadido la escena, acompañando a Kitty.)

CORO .... — Porque aquella visión
de encanto singular
vino a turbar mi pobre corazón.
¿Porqué no he de encontrar
a tan gentil mujer?
Yo quiero amar,
quiero vaciar
la copa del querer, querer.

KITTY.... — *(Al mismo tiempo que el coro, en escena.)*
¡Oh, Dios, es su canción!
Es la canción de amor.
¡Oh, Dios, por qué la oí!
¿Qué es lo que por mí pasa;
porqué sufrir así?
¿Porqué seguir penando así?
Unirme a él es imposible;
debo marchar de aquí,
amor, amor.
(Hans ha salido momentos antes y se queda detrás de la princesa. Cuando Kitty acaba de cantar se vuelve y al encontrarse junto a Hans da un pequeño grito.)

KITTY. — ¡Usted!...

HANS. — Perdón, princesa. No sé lo que me trajo a este sitio. Buscaba... quería...

KITTY. — *(Con ansiedad.)* ¿El qué...?

HANS. — No sé... no sé... ¿Y vos, princesa, qué hacíais tan sola?

KITTY. — Vine hasta aquí, huyendo del príncipe a quien aborrezco; vine hasta aquí buscando lo mismo que vos.

HANS. — ¿Sabéis lo que yo buscaba?

KITTY. — Sí.

Buscáis el amor — cual lo buscaba yo.
Yo no lo hallé — pues con razón
dicen que es traidor.
Hoy Cupido con dardo cruel me hirió.
Hoy desea nuevas dichas mi corazón.
Yo quiero amar — sentir loca pasión,
quiero soñar y desechar — de mí el dolor.

HANS .... — Tampoco yo sentí los goces de amor
y no pude jamás hallar un bello corazón.
Y por mi mal — lá dicha que ambicioné
la tuve cerca y fuí tan torpe
que de mi lado se fué.

KITTY. — Quieren labrar mi infelicidad, uniéndome a un hombre a quien no quiero. Vos me enseñasteis el verdadero camino del amor; no me dejéis en el sendero; llevadme hasta el fin, hasta la felicidad.

HANS. — ¿Qué decís, princesa?... ¿Qué pretendéis?

KITTY. — Huir de aquí.

HANS. — ¿Conmigo?

KITTY. — Con vos.

HANS. — Pensad que soy un pobre camarero.

FERDINAND. — *(Anunciando.)* Su excelencia el príncipe. *(Aparece Fischl, repartiendo saludos y apretones de manos. Los invitados le vitorean. Intenta hablar varias veces, no pudiendo hacerlo porque el coro le interrumpe con sus vítores, hasta que Deberer impone silencio.)*

DEBERER. — Silencio, que va a hablaros su excelencia.

FISCHL. — Gracias, amado pueblo. Yo os bendigo... digo, yo os saludo efusivamente. Ved en mí al príncipe del pueblo, al príncipe que os ama. Hombres, yo seré vuestro mejor amigo... Mujeres, yo deseo abrazaros, porque en cada una de vosotras veo una madre... veo una hermana... veo una hija... veo... veo... *(A Braggsdorf que ha salido y cuchichea con Leopoldo.)* veo que os pasa algo.

BRAGGSDORF. — Seguid diciendo majaderías.

FISCHL. — ¿Majaderías?... Bueno. *(Al coro.)* ¿En qué estaba? ¡Ah, sí! Yo deseo abrazaros... *(Se adelanta un invitado para abrazarle y Fischl le rechaza.)* Perdonad, lo del abrazo es a las señoras. *(Aparece Vally, descompuesta.)*

VALLY. — ¡Señor!... ¡Señor!...

FISCHL. — ¿Qué pasa?

VALLY. — No sé cómo deciros... es grave... muy grave.

FISCHL. — Habla.

VALLY. — Que la princesa... vuestra prometida...

LEOPOLDO. — Concluid.

FISCHL. — Termina.

VALLY. — Se ha fugado con mi novio, con Juan el camarero.

TODOS. — ¿Eh?

LEOPOLDO. — ¡Imposible!

FISCHL. — No puede ser... ¡Dejarme a mí por un camarero!

LEOPOLDO. — ¿Qué decís, conde? *(A Braggsdorf.)*

BRAGGSDORF. — Que es preciso que sepáis toda la verdad. Este hombre no es el príncipe Hans Hubert.

LEOPOLDO. — ¿Quién es entonces?

FISCHL.— Jacques Fischl, para serviros.

LEOPOLDO. — Un impostor

BRAGGSDORF. — No es suya la culpa. Ya os lo explicaré. Lo importante es salvar a la princesa.

LEOPOLDO. — Es cierto; corramos en su busca. *(Salen por el foro, seguidos de los invitados y el coro. Quedan en escena Fischl, Vally y Deberer.)*

DEBERER. — *(Con desprecio)* ¿Conque no sois el príncipe?

FISCHL. — No soy el príncipe; soy viajante de comercio.

DEBERER. — *(Le mira de arriba abajo despectivamente y dice a los criados.)* ¡Apagad las luces! *(Apagan todas las luces. Fischl se deja caer en una silla con desaliento. Vally le contempla con tristeza.)*

FISCHL. — Me he quedado compuesto y sin novia. Adiós, honores... riquezas... lujo... ¡Ya no soy nada, nada, ni coronel!

VALLY. — ¡Pobrecito!

FISCHL. — Me han dejado solo... Todos me abandonan.

VALLY. — *(Acercándose y con mucho mimo.)* Todos, no; yo no os abandono.

FISCHL. — ¿Eh?... ¿Quién?...

VALLY. — Yo... Tu Pompadour...

FISCHL. — ¡Oh, mi pequeña! *(La besa en la frente. En este momento se oye cantar a Kitty y Hans. Vally y Fischl los escuchan extasiados.)*

MÚSICA

KITTY	HANS
Ya has logrado encontrar a tu gentil mujer. Puedes amar, puedes vaciar la copa del querer.	Porque no he de encontrar a tan gentil mujer. Yo quiero amar, quiero vaciar la copa del querer.

FISCHL. — Mi princesa...

VALLY. — Mi camarero... *(Un momento de pausa.)* No llores.

FISCHL. — *(Llorando.)* No lloro.

VALLY. — Se fué tu princesa; te queda tu Vally.

FISCHL. — *(Besándola en la frente.)* ¡Oh, mi pequeña!

(Con mucho sentimiento.)

LOS DOS.. — Ven mi Fischl, ven
por compasión,
que sangrando está
mi corazón.
Si un amor nos abandona
nada importa que hoy,
hoy nos funde el dolor
y renace otro amor.

TELÓN



ACTO TERCERO

La escena:

Una salita de un hotel, en la montaña, muy clara, muy alegre, en una mañana dorada de sol.

Puerta de entrada en el fondo y una ventana con flores y cortinitas a cada lado. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda, que guían a los dormitorios y a los que conducen algunos peldaños de madera.

Una mesa en el centro, algunas sillas y sillones y una «chaise-longue».

Comienza:

(Al descorrerse la cortina aparece la escena desierta. Ante la puerta de la izquierda hay un par de botas altas de charol, para señora. Ante la puerta de la derecha, otro par de zapatos, para caballero. Dan las nueve en un reloj vecino. Se entreabren las puertas como movidas por un resorte, asoma una mano recogiendo los zapatos y vuelven a cerrarse. Lisi, doncella del hotel, una muchacha joven y bonita, con delantal blanco y malla en el pelo, llama primero a la puerta de la derecha y después a la contraria, diciendo ante cada una de ellas:)

LISI. — Voy a servir el desayuno. *(Vase por el foro. Hans Hubert aparece en el umbral de la puerta de la derecha. La princesa Kitty en el de la izquierda.)*

KITTY. — Buenos días.

HANS. — ¿Ha descansado su excelencla?

KITTY. — Me ha sido imposible coger el sueño. ¿Cómo dormir después de esta locura irremediable? El paseo en la lancha, la llegada misteriosa a este hotel...

HANS. — Princesa: en el misterio está precisamente el encanto mayor.

KITTY. — ¡Ah, si yo hubiera sabido, si yo hubiera pensado las consecuencias de esta ligereza!... A la luz de la luna me pareció todo sencillo, encantador, pero...

HANS. — Desaparece la luna y lo que nos pareció encantador, nos parece al otro día una locura, ¿no es eso?

KITTY. — Justamente. *(Aparece Lisi.)*

LISI. — Buenos días. ¿Han descansado bien los señores? ¿Han quedado satisfechos de las camas? *(Coloca el servicio encima de la mesa. Kitty pasa al lado de Hans.)*

HANS. — Muy satisfechos, señorita.
LISI. — ¿Y la distinguida señora también?
HANS. — Sí; la distinguida señora también.
LISI. — Este hotel es el único tal vez del mundo, que tiene los colchones y almohadones de plumas. Aquí acuden gentes de todas partes, cuando quieren dormir bien. Ustedes perdonen. Buenos días. *(Saluda y vase.)*
HANS. — ¿Quiere su excelencia que la sirva yo, o desea que almorcemos los dos juntos?
KITTY. — ¿Qué cree usted mejor?
HANS. — Almorzar los dos juntos.
KITTY. — Pues los dos juntos. *(Se sientan frente a frente y comienzan a almorzar. Sale Johan, dueño del hotel, con un libro de registros y una estilográfica.)*
JOHAN. — Buenos días tengan los señores. ¿Han descansado bien? ¿Han quedado satisfechos de las camas?
HANS. — *(Aparte.)* ¿Otra vez? *(Alto.)* Sí, señor, sí; muy satisfechos.
JOHAN. — ¿Y la distinguida señora, también?
HANS. — *(Algo moscado.)* Y la distinguida señora también.
JOHAN. — Lo creo, porque nuestros colchones y almohadas de plumas son célebres; su fama corre por todo el mundo. *(Abre el libro.)* ¿Tienen la bondad de darme sus nombres y apellidos para inscribirlos en el libro de registro?
HANS. — ¿Es necesario eso?
JOHAN. — Necesario; tenemos órdenes severísimas. *(Entrega la pluma a Kitty.)* Aquí el nombre, en esta casilla la edad, en esta el estado y aquí la firma. *(La princesa escribe y Johan la mira por encima del hombro. La princesa escribe y le devuelve la pluma.)* Perdonad, señora: se os ha olvidado el estado... ¿Soltera o casada?
KITTY. — El señor lo pondrá.
JOHAN. — *(Entrega libro y pluma a Hans.)* Servidor de usted.
HANS. — *(Reflexiona un momento y después escribe muy decidido.)* Tome usted y déjenos.
JOHAN. — A sus órdenes y gracias. *(Saluda y vase.)*
KITTY. — ¿Estoy soltera o casada?
HANS. — Casada.
KITTY. — ¿Qué nombre ha inscrito usted en el registro?
HANS. — Príncipe Hans-Hubert.
KITTY. — ¿Hizo usted eso?
HANS. — ¿Qué otra cosa podía hacer? Usted ha puesto su verdadero nombre; yo no podía casarla con Juan Tiseu, camarero.
KITTY. — Pero ha cometido usted una suplantación y eso se castiga por la ley muy severamente.
HANS. — ¡Bah, qué importa! Iré a la cárcel gustosísimo. Después de todo, la vida para mí ya no puede significar nada.
KITTY. — ¿Por qué?
HANS.— ¿Y usted me lo pregunta? Princesa, esta aventura nuestra, este sueño, está a punto de terminarse. Usted volverá con los suyos, se casará con el príncipe Hans...

Kitty. — ¡No!

Hans. — ¿No? Pues se casará con otro príncipe, pero príncipe al fin... mientras que yo... yo... no puedo ya casarme.

Kitty. — ¿Por qué causa?

Hans.—¿Cree usted que después de haberme escapado con una princesa y de haber almorzado con ella, puedo casarme con una cualquiera? No, princesa, no. Para mí no hay más que un camino, uno solo y lo emprenderé pronto. Entraré en un convento. *(Suspira.)* ¡Ay!... Seré fraile... el hermano Juan. Allí terminaré mi existencia en una celda lúgubre y oyendo el tañido de las campanas. *(Vuelve a suspirar.)* ¡Ay!... Princesa, ¿Qué convento cree usted que me conviene más, el de los Carmelitas o el de los Benedictinos?

Kitty. — Ninguno. Sería para mí un remordimiento muy grande el que por mi causa se encerrara usted para siempre en un convento. Nunca me lo perdonaría.

Hans. — ¿Entonces?...

Kitty. — No debe usted hacerlo, no lo quiero. *(Estas palabras salen muy despacio de sus labios. El príncipe Hans se acerca a ella.)*

Hans. — ¿De verdad, princesa, de verdad no quiere usted? *(En vez de contestarle, apoya su cabeza en el pecho de Hans. Este la acaricia suavemente.) (Aparte.)* Los Carmelitas o los Benedictinos han perdido un compañero. *(Llaman a la puerta. Ellos permanecen abrazados sin oír. Se abre la puerta y entra un botones con un periódico en la mano. Al verlos abrazados, se vuelve de espaldas y en esta posición baja al centro.)*

Botones. — ¿Hay permiso? *(Hans y Kitty se separan.)*

Hans. — Adelante.

Botones. — ¿Han descansado bien los señores?

Hans. — Sí; y la distinguida señora también y hemos dormido admirablemente en los colchones de plumas. ¿Qué hay más?

Botones. — *(Dándole un periódico.)* El periódico de la mañana.

Hans. — *(Tomándole.)* Muy bien; puedes retirarte.

Botones. — Con permiso. *(Vase.)*

Hans. — *(Desdobla el periódoco y a poco exclama:)* Princesa, aquí viene toda nuestra fuga, corregida y aumentada.

Kitty. — ¿Será posible?

Hans. — Léalo usted misma.

Kitty. — *(Leyendo.)* «Una historia romántica. La princesa Kitty de Huttenberge, cuyos esponsales debían celebrarse con el príncipe Hans-Hubert, se ha fugado poco antes de la ceremonia proyectada, con un camarero llamado Juan. Lo más gracioso del caso, es que el príncipe Hans, no se había presentado al acto, siendo sustituído por un viajante de comercio llamado Jacques Fischl, que por su porte elegante llegó a engañar a todos, incluso al príncipe Leopoldo. Se han tomado las medidas más enérgicas para detener a la feliz pareja de tórtolos». *(Deja caer con desaliento el periódico:)*

Hans. — ¿Qué dice usted, princesa?

Kitty. — *(Pensativa.)* El príncipe... no era el príncipe...

Hans. — No era el príncipe. ¡Ya ve usted la torpeza de todos! ¡Confundir a un viajante de comercio! Pero no se entristezca usted, princesa. El príncipe verdadero vendrá, vendrá y usted será feliz con él. Y como es fácil que no se haga esperar, conviene que la encuentre sola. Excelencia,

os pido humildemente perdón por haber sido cómplice de vuestra locura y me retiro. A vuestros pies.

KITTY. — *(Rápida.)* No; usted no se marcha. No me importa que venga el príncipe; estoy segura que, sea como sea, no me ha de gustar, no le he de querer.

HANS. — *(Con alegría.)* Luego entonces... luego usted... me... No me atrevo a pronunciar la palabra!... Pero usted...

KITTY. — *(Baja los ojos.)* Yo...

HANS. — *(Abrazándola.)* ¡Kitty!... *(Llaman a la puerta y vuelve a entrar el Botones, que los ve abrazados.)*

BOTONES. — ¡Caracoles, qué parejita! ¿Dan su permiso? *(Se separan.)*

HANS. — ¿Qué pasa?... ¿Otro periódico?

BOTONES. — No, señor una visita. *(Leyendo dos tarjetas.)* El príncipe Leopoldo y el conde Braggsdorf.

HANS. — *(A Kitty.)* Ya vienen en busca de la pareja de tortolitos.

KITTY. — No estoy en disposición de recibirlos. Hágalo usted, Juan.

HANS. — *(Al Botones.)* Que pasen. *(Hans acompaña a la princesa hasta la puerta.)* Marchaos tranquila, que lo arreglaré todo. *(En la puerta le besa la mano; ella hace mutis y él vuelve al centro. Aparece Braggsdorf y Leopoldo. Este último de uniforme y con casco con plumas verdes.)*

LEOPOLDO. — *(Desde la puerta, abriendo los brazos para abrazar a Hans.)* Ven a mis brazos, Hans. *(Hans no se mueve.)* ¡Torpe de mí! Debí reconocerte al momento. Tienes todo el aspecto y los rasgos de tu raza; los mismos ojos, la misma frente, la misma nariz. ¡Ven a mis brazos...! *(Va hacia él. Hans le detiene.)*

HANS. — Un momento.

LEOPOLDO. — ¿Eh?...

HANS. — Antes hemos de hablar un momento. Excelencia, procuremos poner las cosas en el lugar que les corresponde.

LEOPOLDO. — Habla.

HANS. — La princesa Kitty se ha escapado con un camarero. ¿Es cierto?

BRAGGSDORF. — Cierto.

LEOPOLDO. — Cierto, sí; pero es que el camarero eres tú.

HANS. — Cosa que ella y usted ignoraban. La verdad, lo cierto es que la princesa ha creído fugarse con su camarero. Yo debo casarme con la princesa, conformes, ¿pero quién me garantiza que una vez casada... al ver que su marido es un príncipe, vuelve a sentir amor por otro camarero?

LEOPOLDO. — ¡Estás loco!... ¿Eso quiere decir?...

HANS. — Sencillamente; que habéis educado muy mal a vuestra hija. Que vuestro método de educación ha fracasado ruidosamente.

LEOPOLDO. — Y...

HANS. — Y que yo quiero emplear un método nuevo. Conde Braggsdorf, mi capote de uniforme y mi gorro deben llevarse seguidamente a mi habitación. *(A Leopoldo.)* No me despojaré de mi incógnito hasta el momento oportuno. Y ustedes no se presentarán hasta que yo lo ordene.

LEOPOLDO. — ¿Hombre eso!...

HANS. — Eso o renunciar a casarme.

LEOPOLDO. — No, no; haremos lo que ordenes. Es preciso evitar el escándalo.

HANS. — Ahora pueden retirarse, que no les necesito.
BRAGGSDORF. — *(Saludando.)* A la orden.
LEOPOLDO. — *(Dirige a Hans una mirada terrible. Al hacer mutis dice Braggsdorf.)* ¡Qué simpático es mi futuro yerno! Tiene todos los modales un camarero.
BRAGGSDORF. — ¿Eh?...
LEOPOLDO. — De un príncipe... de un príncipe... *(Hacen mutis centro.) (Aparece Kitty.)*

MÚSICA

NÚMERO 11. — REMINISCENCIA

KITTY y HANS

KITTY....... — El amor ya por fin nos juntó
HANS........ — Ya he logrado la felicidad,
que me quiere mi linda princesa,
nunca tanta dicha pude yo soñar.
KITTY....... — Tu princesa muere de pasión.
HANS........ — Por tu amor también me muero yo.
LOS DOS.... — No hay quien piense en morir.
si es que el amor
junta dos almas
y amor nos juntó.

HABLADO

KITTY. — *(Sale angustiada.)* ¿Habló usted con mi padre?
HANS. — Sí, princesa; por mi desgracia.
KITTY. — ¿Qué decís?
HANS. — ¡Todo ha terminado! El verdadero príncipe llegará de un mo-ento a otro. A mí me han dado orden de retirarme inmediatamente.
KITTY. — ¿Y... usted se irá?...
HANS. — ¡Qué quiere usted que haga! *(Kitty se deja caer en una silla. ans la contempla sonriente.)*
KITTY. — Pero ese hombre, después de lo sucedido, ¿insiste en casarse nmigo?
HANS.—Ya lo ve usted.
KITTY.— ¿Qué clase de hombre es ese?
HANS.— Un hombre que seguramente os ama.
KITTY. — ¡Si nunca me vió!...
HANS. — Os equivocáis; os ha visto muchas veces.
KITTY. — ¿Quién os lo dijo?
HANS. — Su secretario.
KITTY. — Aunque eso sea cierto, aunque me ame, que me importa, si le aborrezco.
HANS. — Dentro de poco, los consejos de vuestro padre y la pre-ncia del príncipe, os harán cambiar de opinión. Vos, excelencia, pen-réis: «El, un principe... el otro, un camarero...» No es difícil la elección; es dudable siquiera.

KITTY. — ¡Callad... callad!... *(Antes de acabar el número, Hans, fingiéndose desesperado, hace mutis a su cuarto. Queda Kitty sola y al terminar vase a su habitación. A poco, Vally asoma la cabeza por el foro.)*

VALLY. — ¡Nadie! ¿Qué habitación será la de la princesa? Miraré por la cerradura a ver si distingo algo. *(Avanza a la izquierda.)* Esto de mirar por la cerradura no está bien hecho, pero todo sea por mi Fischl. *(Mira por la cerradura del cuarto de Kitty. De pronto se abre la puerta y Vally cae hacia delante dando un grito.)* ¡Ay!...

KITTY. — *(Saliendo.)* ¿Quién?... ¡Usted! ¿Quién la envía? ¿Acaso el príncipe?

VALLY. — Sí, señora. Pero no el príncipe príncipe, sino el príncipe que no es príncipe. Me envía el señor Fischl.

KITTY. — ¡Ah!

VALLY. — Excelencia, yo soy Vally, de los almacemes Trix y soy la novia del señor Fischl... vamos... la sucesora de su excelencia. . *(Kitty sonríe.)* ¡Oh, no os riáis, señora! Fischl es muy bueno, muy cariñoso y tiene muy buen fondo. No puede figurarse su excelencia lo arrepentido que está de ser el causante indirecto de vuestra escapatoria.

KITTY. — Y para disculparle, habéis venido a verme.

VALLY.— No, excelencia. Mi novio dice que vos debéis casaros con el verdadero príncipe Hans-Hubert; que si no os casáis con él, tendrá que pegarse un tiro.

KITTY. — ¿El?... ¿Porqué?...

VALLY. — No lo sé. El os lo dirá; está ahí fuera desesperado.

KITTY. — Hacedle entrar.

VALLY.— *(Va a la puerta.)* Ven, Jacques, ven aquí. *(Aparece Fischl en la puerta muy tímidamente; al ver a la princesa, se tapa la cara con el sombrero. A la princesa disculpando la timidez de Fischl.)* ¡Es muy bueno! *(A Fischl.)* ¡Ven, Jacques! ¿Qué es esto? ¡Saluda a la princesa!

FISCHL.— *(Se pone el sombrero y se lo vuelve a quitar para saludar.)* A vuestros pies, excelencia. *(Fischl hace señas a Vally para que se vaya. Ella no lo entiende y hace señas a Fischl pará que hable. Por fin Fischl se acerca a Vally.)* ¡Que te vayas, mujer!

VALLY.— ¡Ah, bueno, bueno! *(Marchándose por el foro.)* ¡No sé por qué no le gusto a la princesa! ¡A mí me arroba! ¡Ay!... *(Vase.)*

FISCHL. —Señora... Ante vos tenéis un príncipe que se ha ido a pique. Pasaron los tiempos felices en que os hablaba de la Naturaleza, de los árboles y de los peces de colores.

KITTY.— *(Lo mira y ríe fuerte.)* ¡Ja, ja, ja!...

FISCHL.— ¿Os reís?

KITTY. — No puedo miraros sin reírme, pero no de vos, sino de mi pobre papá a quien hicisteis caer en la trampa.

FISCHL. — Mi buen Leopoldo... ¿Qué tal se encuentra? El tiene la culpa de lo ocurrido. Se empeñó en que yo tenía todos los rasgos de la raza de... ¡no sé quién! La misma frente, los mismos ojos, la misma nariz... y además me hizo dragón amarillo.

KITTY. — Bien se ha burlado usted de él.

FISCHL.— Y usted de mí, princesa.

KITTY.— ¿Yo?

FISCHL. — ¡Caray! Figúrese usted por un momento que yo soy el ver-

dero príncipe y que usted, el mismo día de los esponsales, se fuga con ı camarero... El papelito no negará usted que es desairado. Y lo es doble- ente por la clase de sujeto con quien se fugó usted. ¡Un pobre diablo, un iste camarero!

KITTY. — Le prohibo hablar mal de mi novio.

FISCHL. — ¿Cómo quiere usted que hable de un hombre que me vierte sopa en el pantalón, el champagne en el casco y además me roba la ›via? ¡Le odio, le detesto! Además, que yo no no creo que usted pretenda sarse con él.

KITTY. — ¡Ah, pues lo pretendo!

FISCHL. — Eso no puede ser. Usted tiene que casarse con el príncipe ans-Hubert, porque si se casa usted con otro, ¿qué hago yo con la ropa?

KITTY. — ¿Qué ropa?

FISCHL. — Excelencia, yo soy representante de la casa French-Linch- nstein; con el consentimiento de vuestro padre encargué el equipo de ›via. En todas las prendas están grabadas vuestras iniciales, entrelaza- ıs con las de vuestro esposo, en forma de monograma. K. H. H. H.

KITTY. — Sigo sin comprender.

FISCHL. — Es sencillisímo. K. H. Kitty Huettemberge y H. H. Hans- ubert. Y las cuatro iniciales entrelazadas, imposible quitarlas, ni des- acerlas. *(Kitty se ríe.)* No se ría, excelencia, no se ría; se lo suplico. ınque recorra el mundo entero no encontraré un matrimonio que coin- da con esas iniciales. Mi fama de comerciante experto quedará per- da y no me espera más que el suicidio.

KITTY. — Lo siento por usted.

FISCHL. — ¡Entonces, estoy perdido! Es decir, no... Hay una solución, ıa sola.

KITTY. — ¿Cuál?

FISCHL. — Que en vez de llamarle Juan, se acostumbre usted a lla- arle Hannes, es más bonito.

KITTY. — Y siempre sobrará una hache.

FISCHL. — ¡Es verdad!... ¡Ah, solucionado también! En vez de llamarle ıa sola vez, le llama usted dos veces... Hans-Hans.

KITTY. — ¡Eso es ridículo!

FISCHL. — No lo crea, excelencia. ¿No se dice Baden-Baden?... Pues ual puede decirse, Hans-Hans... ¿Conformes? *(Dándole la mano.)* Es lo enos que puede usted hacer por un novio inservible y abandonado.

KITTY. — *(Dándole la mano.)* Conforme.

FISCHL.—*(Muy solemne.)* Ahora me doy cuenta de la novia que he per- do. ¡Ay! *(Va al foro y llama.)* ¡Vally!... ¡Vally!... *(Entra Vally.)* Ya no › necesito matarme. Se arregló el asunto inicial y lo de las iniciales.

VALLY. — ¿De verdad? *(A Kitty.)* Gracias, excelencia, gracias. Mi ıcques se lo merece todo; es muy bueno.

FISCHL. — *(A Kitty.)* Con permiso. *(Coge la frente de Vally y besándola ce.)* ¡Oh, pequeña mía! *(Aparece Leopoldo.)*

LEOPOLDO. — *(Entrando foro.)* ¡Hija mía! ¡Hija de mi alma!

KITTY. — ¡Papá! *(Se abrazan.)*

FISCHL.— Mi buen Leopoldo, vuestro ex yerno os saluda cordialmente. *eopoldo le mira con desprecio.)*

LEOPOLDO.—¡Quítese de mi presencia! ¡No puedo verle! ¡No quiero verle!

Fischl. — Pues siempre hubiera sido preferible yo, que un camarero.
Leopoldo. — ¡Váyase, váyase! ¿No comprende que cada vez que le vean se reirán de mí por haberle creído un príncipe?
Fischl. — Si se trata de evitar la murmuración y el ridículo de su alteza, estoy dispuesto a emigrar.
Vally. — ¿Emigrar? ¿Y dónde iremos?
Fischl. — Donde no nos conozcan... Con los hotentotes... Esto es una gran idea; me llevaré un muestrario y les venderemos ropas. Si se acostumbran a vestirse, si les da por ahí, hemos hecho nuestra fortuna.

MÚSICA

NÚMERO 12. — SHIMMY-FOXTROT

Kitty, Vally, Fischl y Leopoldo

Fischl...... — Si al destierro, Vally,
quieres venir
yo marcharé encantado.
Kitty....... — Ella irá con usted.
Todos....... — Es su deber.
Kitty....... — Si a los hotentotes viste de frac
se puede usted lucir.
Leopoldo. — Y mucho allí, se va a reír
y divertir.
Todos....... — Los salvajes irán
todos con levita o frac.
Kiytt....... — Y al mirarlos así
cuanto se van a reír.
Todos....... — Y si es con marferlán
qué graciosos estarán.
Kitty....... — Y si visten *chaqué*
Fischl....... — No le digo nada a usted.
Ellas....... — Hay qué buena vida
vamos a pasar,
pues los hotentotes
nos divertirán.
Ellos........ — Hotentotes que vestidos
a la moda van a estar,
si usan cuellos muy planchados
cuántas penas pasarán.
(Terminado el número, se van todos por el foro.)

HABLADO

(Hans sale con su capote de uniforme completamente cerrado, gorra y monóculo. Lleva un bigote postizo de hilos que se colocará en el momento en que Braggsdorf lo anuncia.)
Hans. — Qurido Braggsdorf, ha llegado el momento culminante.
Braggsdorf. — ¿Pero qué os proponéis?
Hans. — Saber si la princesa me ama de verdad.

FISCHL. — *(Sale y queda sorprendido al ver a Hans de uniforme.)* ¿Otro o? ¿El camarero de uniforme?

BRAGGSDORF. — Señor Fischl, es usted un verdadero inocente. El suuesto camarero es su excelencia el príncipe Hans-Huber. *(Fischl se queda e piedra.)*

HANS. — ¿Qué le pasa? ¿Se ha sorprendido?

FISCHL. — ¿Sorprendido?... ¡Atónito!... ¡Alelado!... ¡Estupefacto, como olón ante el huevo!

HANS. — Ahora comprenderéis lo de la sopa, lo del champagne... la alta de práctica.

FISCHL. — No tuvo importancia y además me hizo mucha gracia, pero aucha.

HANS. — Ahora escuchad mis órdenes. Braggsdorf, anúncieme al príncipe y a la princesa. Usted, Fischl, entre aquí *(derecha)* y espere. Tiene isted que ayudarme; le necesito.

FISCHL. — Encantado de seros útil, señor. *(Entra en la derecha.)*

BRAGGSDORF. —*(Va al foro y anuncia.)* Su excelencia el príncipe Hans-Hubert espera a sus altezas. *(Hans se ha colocado el bigote. Entra Leopoldo, ue trae del brazo a la princesa. Kitty viene azoradísima y se tambalea al ver il príncipe, como no dando crédito a sus ojos. Hans la mira y colocándose el monóculo y procurando fingir la voz, grita:)*

HANS. — Princesa. He leído los periódicos que publicaban vuestra aventura y he querido convencerme de su veracidad, personalmente. Yo no pude asistir a los esponsales por motivos de Estado que ya explicaré. Mi conducta es perdonable... pero, ¿y la vuestra, princesa? ¿Y la del miserable que tuvo la osadía de engañaros, olvidándose de la diferencia de clases, del respeto que se debe a una dama de vuestra alcurnia. *(Todos callan. Hans se dirige a Leopoldo y Braggsdorf.)* ¿Y ustedes qué dicen a esto?... ¡Hablen!

BRAGGSDORF y LEOPOLDO — *(A un tiempo.)* Somos mudos, señor.

HANS. — Bien. Mi resolución está tomada. Sé que el miserable está aquí, en ese cuarto y voy a exigirle una reparación o a arrancarle la vida. *(Kitty al oír eso, se coloca ante la puerta. Hans quiere entrar.)*

KITTY. — Eso no es posible.

HANS. — *(Fingiendo rabia.)* ¡Necesito la vida de ese hombre!

KITTY. — ¡No entraréis!

HANS. — *(Apartándola.)* ¡Dejadme os digo! *(Entra y cierra.)*

KITTY. — ¡Papá!... ¡Conde!... Eviten ustedes una desgracia...

BRAGGSDORF y LEOPOLDO. — *(A un tiempo.)* ¡Somos mudos!

(Se oye en el cuarto una discusión violenta entre Hans y Fischl. Sale Vally por el fondo.)

KITTY. — ¡Van a matarse!

VALLY. — ¿Qué pasa?... ¿Qué voces son esas? *(Sale Hans, que se ha quitado el bigote, capote y gorro. Cierra la puerta y finge sujetarla para que no salga el que está dentro.)*

HANS. — Princesa. El príncipe Hans está furioso, intenta matarme, dice que vos sólo le queréis a él. ¿Es esto cierto? *(Kitty calla.)* Si calláis me dejaré matar.

KITTY. — Soltad la puerta.

HANS. — Suelto.

Kitty. — Príncipe, salid. *(Sale Fischl, envuelto en el capote, con bigote, etc., etc.)* Papá, es inútil torcer mi voluntad. No me casaré nunca con el príncipe.

Hans. — ¡Kitty!

Kitty. — ¡Juan! *(Se abrazan.)*

Fischl. — Bueno, con permiso de ustedes, me despojaré de esto que da mucho calor. *(Se quita el capote, etc., Kitty se sorprende al verlo.)*

Kitty. — ¿Qué esto? *(Callan.)* ¡Explícate tú, papá!

Leopoldo. — Soy mudo, hija mía.

Hans. — Muy sencillo, Kitty. Yo he querido que me ames como Juan, no como príncipe.

Hans.—Soy el príncipe Hans-Hubert, que te adora.

Kitty.— *(Arrojándose a sus brazos.)* ¡Hans mío!

Hans. — ¡Kitty!...

Fischl. — *(A Vally.)* ¡Vally!... *(Va a brazarla, pero el príncipe le coge de un brazo y le dice:)*

Leopoldo. — Un momento. Conde Braggsdorf, vamos a visitar los alrededores.

Braggsdorf. — Es lo mejor. *(Vanse foro.)*

Hans. — ¿Qué tal desempeñé mi papel de camarero?

Kitty. — Admirablemente.

Fischl. — Y yo, ¿no fuí un príncipe excelente?

Vally. — Digno de ser amado por una princesa.

Fischl. — Yo me contento con que me quiera una modista.

Vally. — ¡Mi Jacques!...

Fischl. — *(Besándola.)* ¡Pequeña mía!...

Kitty. — Ahora sí que escucharé gustosa «La canción que no muere».

FINAL ACTO TERCERO

Kitty, Vally, Hans, y Fischl

Todos.... — Ya he logrado encontrar
a mi gentil mujer;
ya puedo amar,
puedo vaciar
la copa del querer.

TELÓN
